



AÑO IV.

Madrid, 16 de Febrero de 1879.

NÚM. 6

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4,50 »
Tres.....	2 50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID.

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Explotacion de los bosques, por D. Manuel G. Llana.—Del ejercicio de la jureta, por F. B. Navarro.—Caza de la perdiz con reclamo, por D. Adolfo Derqui y Campos.—Curiosidades de la ciencia, por F. Narvaiz, novela, por J. Ortega Munilla.—Las plantas bulbosas y cebollinas, por D. Estanislao Mallongre.—Conferencias agrícolas en la provincia de Madrid, por don Francisco Calvo Muñoz.—Conservacion del maíz y otros forrajes verdes en silos, por E. M.—Café indígena, por E. M.—Fantascos de la agricultura de Ebn el Avram, por D. Luis Ovalle.—Ecos de Paris, por Nedoc.—Noticias generales.—Noticias de Madrid, por La Kasab.—Tiro de pichón de Madrid, por Avellano.—Id. de Sevilla, por Y.—Mercado de Madrid.—Cusurado de palabras.—Anuncios.

EXPLOTACION DE LOS BOSQUES.

I.

Tratándose en los momentos presentes de la enajenacion de algunos montes del Estado, á fin de arbitrar recursos con que atender á la amortizacion de la Deuda consolidada, para aliviar los futuros presupuestos del excesivo gravámen que les imponen los intereses anuales, creemos de algun interes dedicar varias consideraciones á esta materia tan interesante y que está íntimamente relacionada con las exigencias del clima y las necesidades de la industria en sus diversos ramos. No somos partidarios de que la accion del Gobierno se extienda de un modo absorbente, pues la mayor parte de las fuentes de vida de un país se desarrollan con mayor ventaja y en más vastas proporciones por medio del impulso privado; pero precisamente en las cuestiones que se rozan con el porvenir de nuestra riqueza forestal ha de intervenir de una manera eficaz la accion del Estado, pues de otro modo muy pronto quedaria destruido por completo este ramo de produccion, porque los particulares han de dirigir con especialidad sus esfuerzos á aquellas especies de cultivos que más ventajas ofrezcan, y que, relativamente á los resultados, exijan menos capital.

Con sólo tener en cuenta que, aun en aquellos terrenos sólo favorables para el cultivo de las es-

pecies arbóreas, es más beneficiosa para los particulares la explotacion en talar que en monte alto, se demuestra de un modo evidente que el Estado debe preocuparse en primer término por la conservacion de la riqueza forestal, pues en vano se esperaria del impulso privado que se dedicase á negocios de escaso rendimiento, pudiendo obtener en ménos tiempo productos más saneados, sin la necesidad de amortizar por espacio de varias generaciones un capital considerable.

Si la desamortizacion que ahora se proyecta por el departamento de Hacienda se verifica con la debida inteligencia; si sólo se incluyen en las subastas, que quizá muy pronto hayan de realizarse, aquellos terrenos inadecuados para el cultivo en condiciones propicias de las especies forestales; si se tiene especial cuidado de que los bosques exceptuados se hallen distribuidos por el territorio de la Peninsula de un modo conveniente para satisfacer las exigencias climatológicas, y se cuida ademas, siguiendo los métodos aconsejados por la ciencia, de constituir el capital explotable en la escala correspondiente para subvenir á las necesidades de la industria, nada podrá oponerse á la operacion á que nos referimos, y partiendo de semejante supuesto, debemos ocuparnos de esta vital cuestion en cuanto se relaciona con la parte científica y económica, puesto que otra clase de consideraciones corresponden á ciertos órganos de la opinion pública.

La tesis que hemos sentado más arriba, referente á la necesidad de que el Estado, la provincia y el municipio, como entidades morales é impercederas, cuiden de la conservacion de la riqueza forestal, exige una demostracion clara y evidente, que consignaremos con la mayor brevedad posible y ateniéndonos al método más riguroso.

En general, para explotar cualquier terreno en bosque, así como para hacerlo bajo cualquier otra forma de las muchas que ofrece la agricultura, es necesario ante todo la constitucion ó existencia de un capital que los economistas denominan *capital ó material de explotacion*. Constituyen éste en agri-

cultura, la hacienda, las semillas, los instrumentos y máquinas empleadas en el cultivo, y el ganado indispensable para las faenas del campo y para la produccion de abonos; pero en silvicultura, por el contrario, el capital de explotacion es siempre inmueble, se halla formado por determinada cantidad de madera, representada en una escala de edades de uno á veinte años, tratándose de los montes tallares, ó de uno á ciento veinte si nos referimos á los bosques maderables.

De lo que acabamos de apuntar se desprenden naturalmente las diferencias esenciales que existen entre la propiedad agrícola y la forestal; pues en el primer caso, si el cultivador procede sin el conveniente acierto, ó si circunstancias imprevistas le obligan á una liquidacion, no puede por lo regular vender los edificios que constituyen la hacienda, sin las tierras explotables, pues sin éstas aquéllos carecerian casi en absoluto de valor; pero en silvicultura, por el contrario, puede realizarse todo el material madera que se encuentre en el terreno, y entonces éste queda sin producir durante todo el tiempo que necesita la naturaleza para crear de nuevo bosques explotables. Así se explica la necesidad de que la administracion pública vigile por la conservacion del material de explotacion en los bosques del Estado ó en los comunes ó propios de los establecimientos públicos, porque estas entidades morales no son en el orden moral más que usufructuarios que deben transmitir á las futuras generaciones de una manera íntegra y completa el material de explotacion bien constituido. Si por una circunstancia cualquiera, por urgente y justificada que á primera vista pudiera aparecer, se procediese á la corta general de alguna parte de esta riqueza, el interes público experimentará graves perjuicios, porque semejante capital no se improvisa con dinero como los edificios de una hacienda rural, sino á expensas de muchos años.

Existe ademas otra diferencia entre el capital de una explotacion agrícola y el material destinado al aprovechamiento de los productos de un bosque: en el primer caso, el propietario que tiene

precisión de enajenar sus aperos, ganados, máquinas y demás material mueble, lo hace casi siempre á otro cultivador, de suerte que nada se sustrae á las necesidades de la agricultura; y si un individuo experimenta una contrariedad, la sociedad en general no sufre pérdida alguna; pero el propietario de un bosque, por el contrario, cuando llegan los malos tiempos se ve obligado á vender una parte de las maderas que forman la escala necesaria para una buena explotación, con lo cual se origina un doble perjuicio. Primeramente el material enajenado no pasa á otra explotación, y hay, por lo tanto, una disminución con respecto á los elementos que trabajan en un país en la producción de madera, y además esta parte de productos que cercenan el capital de explotación, puede aumentar en el mercado la oferta de un modo desfavorable al precio, ocasionando de esta suerte un desequilibrio que perjudicará á los demás productores, disminuyendo momentáneamente el valor de las maderas; y si bien por espacio de algún tiempo los consumidores obtendrán ciertas ventajas, luego tendrán que hacer sacrificios ruinosos, porque se habrá derrochado de un modo inconveniente un producto tanto más precioso, cuanto que no depende de la mano del hombre, sino del lento trabajo de la naturaleza.

Todo el mundo sabe que existen en todos los países, en mayor ó menor escala, el grande y pequeño cultivo, el primero ejerciendo su acción sobre reducidas propiedades y con los simples aperos de labranza, y el otro formado por vastos elementos y que emplea máquinas agrícolas para la explotación de extensos campos. De la misma manera existe también esta diferencia en el cultivo forestal. Hay bosques maderables que se reproducen por medio de semillas, y montes tallares que se multiplican por medio de las cepas que se dejan á flor de tierra cuando se verifican los cortes periódicamente, y esta división corresponde con exactitud á las explotaciones de florestas constituidas ya por un capital considerable ó por uno reducido á estrechos límites. Por ejemplo una tierra de 120 hectáreas, cultivada en monte tallar, tendrá á los veinte años por capital un volumen de madera, desde la edad de uno á veinte años, que se puede valorar aproximadamente (sin descender á variaciones de localidad y otras circunstancias que cada cual puede tener presente para sus cálculos particulares) en 40 metros cúbicos por hectárea, ó sea una cifra total de 2.400 metros cúbicos, tomando el término medio de 20 metros por hectárea para evitar el engaño que podría producir un cálculo excesivamente exagerado. La misma tierra cultivada en monte alto necesitaría un material madera de uno á ciento veinte años, y si la hectárea á esta edad representa 500 metros cúbicos, el capital puede valorarse tomando el término medio de 250 metros por hectárea en 30.000 metros cúbicos.

Claramente se ve que es preciso contar con un capital respetable para dedicarse al cultivo de los bosques maderables, y que el Estado y las corporaciones de cierta índole son los únicos que de una manera general pueden abarcar estas empresas; pues al propio tiempo que se hallan al abrigo de ciertas necesidades para no verse obligados á comprometer á cada instante el capital explotable, pudiendo por lo tanto limitarse á cortar anualmente lo que se considera que en el mismo espacio de tiempo se ha desarrollado, con cuyo procedimiento se conserva siempre intacto el mismo material, viven también el tiempo suficiente para atender á la creación de los grandes bosques. Si partiendo de estas bases clasificamos la explotación de las tierras dedicadas á la producción leñosa, podrá afirmarse en general que la propiedad privada constituye el pequeño cultivo, y que las entidades

morales son las únicas susceptibles del gran cultivo forestal.

Además de las razones expuestas, existen otras que deben apreciarse con toda exactitud, para que se conciba de un modo evidente que no reviste exageración ninguna de las apreciaciones que dejamos consignadas.

Los productos de la agricultura son siempre de la misma clase, ya procedan del campo del cultivador en pequeña escala, ya se hayan creado en el extenso dominio del gran propietario, pues son en todas ocasiones, cereales, forrajes, ganados, etc., etc.; pero en los bosques sucede todo lo contrario; los tallares no producen más que leña menuda para el carboneo, perchas, mangos de herramientas y otras piezas de escaso valor, y únicamente los montes altos suministran las tablas, vigas, pontones, traviesas de ferro-carriles y otras piezas de construcción. Ahora bien, si unos y otros productos son necesarios, y el pequeño cultivo no puede ofrecer más que los primeros, el interés público exige que la nación y las corporaciones populares posean en buen estado de explotación los bosques indispensables para satisfacer las necesidades de la industria, sin contar además el papel que aquéllos representan como agentes que contribuyen á modificar de un modo sensible el clima favoreciendo la salubridad pública.

La producción general, y por consecuencia la riqueza de un país, gana y se acrecienta por medio del gran cultivo forestal; y si recordamos los dos ejemplos anteriormente citados, y las cifras que hemos fijado como base del cálculo que necesitamos exponer para que nuestras apreciaciones sean comprendidas en toda su extensión, resultará que el monte tallar produce cada año por hectárea 2 metros cúbicos de madera, que á razón de ocho pesetas uno, representa un valor de 16 pesetas. El mismo terreno cultivado en bosque alto produce por año y hectárea 4 metros 160 centímetros; y si se añaden los rendimientos del aclareo, se puede calcular el producto anual en 4 metros y 750 centímetros cúbicos, cuyo valor, teniendo presente que las piezas son ya utilizables para la construcción en todos los ramos, ascenderá á 15 pesetas por metro cúbico, de suerte que el mismo espacio de terreno producirá en este caso 75 pesetas y 25 céntimos.

¿En qué consiste, ocurre ahora preguntar, que produciendo en la apariencia los montes altos mayores cantidades que los tallares, los particulares se dediquen más bien al cultivo de éstos que al de los primeros?

La razón es muy obvia, siempre que para establecer el cálculo se aprecien todos los elementos que en este problema intervienen. El particular trabaja por su cuenta, y como no tiene la obligación de suministrar madera en ciertas condiciones ni procurar trabajo á la clase obrera, únicamente se cuida del negocio, como es natural, y echa sus cuentas para colocar su dinero en las circunstancias más propicias. Completando nuestro primer ejemplo y asignando el valor de 300 pesetas á cada hectárea del terreno de 120 de bosque, podremos establecer con toda la aproximación posible el siguiente cálculo:

1.º El terreno, 120 hectáreas á 300 pesetas.....	36.000 pesetas.
2.º Material-madera, 2.400 metros cúbicos, á 5 pesetas, término medio, á causa de los vástagos que se van ganando desarrollando	12.000
TOTAL.....	48.000 pesetas.

Los productos son: seis hectáreas por año á 40 metros cúbicos cada uno, ó sean 240 metros á 8 pesetas, 1.920.

De suerte que el propietario obtiene del capital empleado un rédito de 4 por 100 próximamente.

Hagamos ahora el mismo cálculo con respecto al monte alto, y resultará:

1.º El terreno.....	36.000 pesetas.
2.º El valor en dinero de los 30.000 metros cúbicos de madera, que forma el capital explotable, á 10 pesetas cada uno.....	300.000
TOTAL.....	336.000 pesetas.

Siendo los rendimientos:

1.º Una hectárea de corte anual que produce 500 metros cúbicos, á 15 pesetas.....	7.500
2.º Cuatro hectáreas de aclareos, cerca de 17 metros cúbicos la hectárea, ó sea 68 metros cúbicos, á 8 pesetas.....	544
TOTAL.....	8.044 pesetas.

De modo que las 336.000 pesetas producen un rédito de poco más del 2 por 100.

Se observa, por lo tanto, que el monte alto, aunque rinde tres veces más en volumen y cinco en dinero que el tallar, proporciona al propietario una renta mucho más pequeña, teniendo en consideración el capital invertido. Ahora bien, pocas personas pueden contentarse con sacar á su capital un producto de 2 por 100, de donde resulta que el Estado debe atender á la necesidad de producir maderas de construcción en cantidad suficiente para satisfacer las exigencias de la industria, so pena de que nos veamos reducidos á recurrir á otras naciones, pagando un verdadero y constante tributo, del cual quizá no podamos indemnizarnos con otros ramos de producción.

Suponiendo que el Estado se desentendiese de esta obligación y que todos los montes maderables fuesen á parar á manos de los particulares, sucedería una de estas dos cosas: ó éstos conservaban los montes, y si los precios de la madera no se aumentaban tendrían los propietarios que soportar en favor del público en general un verdadero impuesto que consistiría en vender á los precios actuales maderas de construcción que costaban más caras, ó bien se establecía el equilibrio del precio, y entonces el público se vería obligado á pagar al productor cantidades relativamente exageradas.

Todo induce, pues, á aconsejar que en la cuestión de los montes públicos se proceda con gran pulso y prudencia á fin de no comprometer el porvenir de nuestra riqueza forestal, provocando con el tiempo una crisis en extremo perjudicial á la industria, y empeorando notablemente las condiciones climatológicas de nuestro suelo.

Ya que por causas que no examinaremos detalladamente, porque no entra en nuestro ánimo penetrar en el terreno de las recriminaciones inútiles, en varias zonas de la Península se ha seguido hasta ahora un sistema de explotación forestal desastroso, que envileciendo en un período dado el valor de las maderas con la abundancia de la oferta, provocará dentro de un breve plazo una carestía excesiva, por no haber guardado la conveniente relación entre los productos anuales de la vegetación y las cortas verificadas sin orden ni medida, debe pensarse con toda decisión en cortar de una vez semejantes abusos y en adoptar las medidas necesarias para constituir de una vez el capital ó material explotable, reduciendo las cortas anuales al límite del desarrollo vegetativo en el mismo tiempo, á fin de conservar siempre en su integridad el capital, evitando las oscilaciones de los precios y asegurando el porvenir de nuestra riqueza.

En los artículos sucesivos expondremos las reglas á que debe sujetarse una explotación inteligente de los montes, ya en rotaciones de veinte años cuando se trate de los tallares, ya en perio-

dos de ciento veinte si el objeto es obtener bosques maderables que puedan satisfacer todas las necesidades de la industria.

MANUEL G. LLANA.

DEL EJERCICIO DE LA JINETA.

Antes de que los árabes introdujesen en España el modo de cabalgar á la jineta, usábase el montar á la estradiota, que fué el empleado por la andante caballería, y en general durante la Edad Media. Llamábase así el ir á caballo en sillas largas de falda, con los borrenes altos de delante y bajos de atrás, y con estribos tan largos como la extensión de la pierna.

Antes de adoptar la jineta ni de abandonar la estradiota, se estuvo montando á la bastarda, que era un término medio entre aquellos dos métodos. Pero cuando más tarde se abandonó el manejo de la pesada lanza de torneo y las armaduras completas por las picas de combate y los trajes de guerra más ligeros, cuando el jinete tuvo que dedicarse á ejercicios de más ligereza y desenvoltura, fué cuando se adoptó el modo de cabalgar á la jineta, que someramente indicaremos ahora, diciendo que consistía en montar en sillas altas de borrenes y con las piernas encogidas, yendo por consecuencia el jinete muy corto de estribos y con las espuelas enfrente de los ijares.

La silla á la brida, en fin, era baja de borrenes y sobre ella iba el caballero muy erguido el cuerpo y con las piernas muy estiradas. Degenerando con el tiempo, puede hoy considerarse como su sucesora la que conocemos con la denominación de silla á la royale.

No creemos sea menester gran esfuerzo de imaginación para comprender la supremacía que en todos tiempos obtuvo el modo de cabalgar á la jineta sobre cualquiera otro. Aquellos á quienes algo se les alcanza en achaque de caballos y monturas, bien entenderán que el ir un caballero asegurado sobre un caballo, por cuantos medios sea posible obtener la seguridad en la posición, debió siempre ser más ventajoso. En esto estribaron, pues, las excelencias de la jineta sobre la brida. Como se monta hoy para picar toros, se montó en España durante siglos enteros, así para los ejercicios de gala como para las véras de la milicia, y este resto del antiguo sistema de equitación española nos demuestra bien á las claras las ventajas que en la silla á la jineta encontraban los caballeros para los violentos ejercicios que en el artículo anterior dejamos mencionados.

Pero mudadas con el trascurso de los tiempos las razas de los caballos y de los hombres; disminuidas las corpulencias de ambas especies, como en la Armería Real se puede ver bien claramente; cambiados, en fin, tan totalmente los usos y costumbres de paz y de guerra, habíase de trasformar en igual medida el sistema de cabalgar, y ambas, brida y jineta, hubieron de hacerse más ligeras. La primera vino á parar poco á poco en el casi invisible galápago inglés: la segunda es la silla vaquera,—pues la de picador es casi la misma jineta antigua,—en la silla militar de caballería, etc., con las cuales se alcanzan, hasta el punto en que las exigencias de la sociedad moderna señalan, los mismos efectos que en pasados tiempos con las antiguas sillas.

La primitiva y clásica jineta, la de las carreras públicas, la de las funciones de toros, de cañas y bohordos, etc., etc., hubo de ir abandonándose, entrando ya el siglo XVIII, y desterrado que fué el uso de la lanza y adarga é introducido el de las nuevas armas de caballería, pistola, sable y carabina en la guerra, las cuales imponían mayor ligereza en toda la montura. Así que la silla á la jineta que-

dó relegada, poco después del advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, á las funciones de toros.

El origen de la jineta, como hemos dicho ya, se atribuye á los árabes, que aún la conservan hoy día y que la importaron á España.

Hubo desde muy antiguo dos clases de sillas á la jineta: una llamada entera y otra media, diferencias que se fundaban en las diversas clases de caballos á que debieran aplicarse; así la silla entera estaba destinada á caballos anchos de lomo, como la media silla servía para caballos estrechos. El arzon delantero de esta silla debía ser algo más alto que el trasero, recto y de tal altura, que, puesto el caballero en pie sobre los estribos, no pudiese salir por encima y fuese el arzon más alto que las horcajaduras. La medida de la silla entre los dos arzones debía ser igual á la distancia que hay del codo á la muñeca, y en fin, si bien algunos afeminados jinetes usaban cierta especie de almohadillas para levantar más sobre la silla é ir más sentados, sobre todo en paseo, para los ejercicios duros estaban proscritas tales mañas, que no podían producir más que amaneramiento y bastardía en la actitud del verdadero jinete.

Atendida la gran importancia que tenía la seguridad del caballero encajonado entre los altos arzones, y teniendo que acudir en los ejercicios á tantos y tan peligrosos reparos, poníase particular cuidado en fijar su sitio propio á cada cosa, y así se medía exactamente la distancia á que los arriaces ó hierros donde entran las acciones de los estribos debían fijarse, y que era á la caída del arzon delantero, cuatro dedos de hueco sobre la tejuela. Las acciones, parte muy esencial para la seguridad del caballero, se quería que fuesen berberiscas y muy anchas.

Sobre el casco de la silla se ponía la coraza, que era de badana carmesí, plateada ó dorada en labores, y sobre ella se colocaban los jaeces ó aderezos, que eran de colores ó negros; jaeces que tenían dos aberturas por donde pasasen los arzones, y que siendo, como decimos, de distinto color de aquéllos, hacían muy buena vista. A estos caparazones llamaban mochilas; otros había que cubrían toda la coraza de la silla y se sujetaban á ella por medio de la reata, que era del mismo color del caparazon, ó de correas berberiscas de la misma clase que las acciones, pretal, gurupera, riendas, cabezadas y gamarra. Al pretal se le solía poner, en las fiestas y carreras públicas, cascabeles dorados ó plateados sobre terciopelo y aún sobre brocado, «los que sirven de alentar al caballo y alegran los circunstantes», dice un escritor de la época. La gurupera sólo se ponía en la jineta de campo. Las cabezadas eran muy ricas por lo ordinario, y en nada se diferenciaban de las que aún se usan hoy á la española sino en la solidez. Los frenos eran de cuatro géneros, y eran: el natural, el de espejuelo, el de cuerno de cabra y el de portaleta. Todos eran de extraordinaria fuerza y castigo, y apropiados á aquellos poderosos caballos, que sufrían como cosa ordinaria lo que los nuestros de hoy no podrían tolerar por un momento tan sólo.

Ya en el siglo XVI eran conocidos algunos frenos labrados, de tal suerte que se ponían sin cabezada, afianzándolos en la boca del caballo con unos tornillos; lo cual en nuestro tiempo se ha presentado con pretensiones de novedad. El cabezon era el mismo que el de hoy día; la gamarra era nuestra martingala; pero estos y otros artificios estaban desechados por el buen jinete, que fiaba al becado, mano y piés los medios de manejar cumplidamente el caballo.

Usábanse tres clases de aderezos, ó como podemos decir hoy, monturas á la jineta: el primero, usado en la villa por los caballeros, era negro el caparazon y cabezadas, con los estribos barnizados,

el freno dorado, ó pulimentado el hierro, y las riendas y acciones, de cuero berberisco. Los caparazones, cabezadas, pretal y reata se hacían de terciopelo liso, pero lo más común era hacerlos de cordobán negro, y de vaqueta las demas correas.

El segundo aderezo, llamado de campo, era de colores, de varias telas de seda, bordadas y labradas, de gran riqueza y lucimiento, ó bien de paño con correaje berberisco.

El tercero, más lujoso aún que los anteriores, era llamado especialmente *los jaeces*, y de invención, como toda la jineta, de los árabes. Empleábase para los ejercicios públicos, juegos de cañas y fiestas de toros, y tejíanse los mejores en Córdoba. Sin embargo, tanto lujo en labores y reales, tantas chapas de plata y cordones de seda, y borlas y bozales de plata, con campanillas y *barba turca* y *pico de unicornio*, y *encaladas*, más bien servían de estorbo al caballo, siendo tanto adorno ocasión frecuente de peligro para el jinete; así que para torear se prefería la rica pero suelta montura de campo.

Para concluir con lo relativo al aderezo del caballo á la jineta, diremos brevemente que los estribos que se usaban eran de tres clases: los de hierro, de forma de medio celemin ó media luna, usados por los vaqueros, y que eran los mejores y preferidos para la guerra; los que eran de la misma hechura, pero de madera, muy empleados también, sobre todo en el invierno, porque siendo cerrados y de una pieza, libraban del agua y lodo, y hasta cierto punto también del frío. Y, en fin, los más propios para la jineta de lucimiento, y también de mayor uso, que describe en estos términos uno de los más competentes escritores en la materia, del siglo XVI. «La tercera especie de estribos y más galana, dice, es de los marinos de hierro de la hechura ordinaria, para paseo y fiestas: han de ser pequeños y pesados y no de quarta de plan, ni angostos, porque no se pueden terciar bien, ni acomodar entre la cincha y el codillo, que es su lugar, y échalos afuera, siendo grandes el caballo con su movimiento. Los esconçados por la parte de adentro no tienen primor alguno: han de ser en proporción del cavallero y cavallo, y el buen jinete debe también buscar el cavallo á su proporción: no han de ser tan anchos que pueda engargantar el pié, ni tan altos que le hiera el ojo del estribo en la espinilla. De la parte de arriba han de ser más angostos y anchos de ojos, para que la acción sea con eso más fuerte. Halos avido riquísimos de tauxia, plata y otros metales; procúrase mucho que los de hierro sean de una pieza, no clavados; y en Avila los han hecho excelentes. Han de ser muy agudos de gavilanes, porque con ellos solos, sin espuela, puede el cavallero herir algo el cavallo en el paseo.»

Aunque por las numerosas y variadas *cavallerías* que en la jineta se practicaban, requeria el caballo otras muchos aderezos, además de los descritos, dejamos el ocuparnos detalladamente de ellos para cuando llegue el caso de describir aquellos deportes, los cuales, según su especie, necesitaban los instrumentos apropiados.

Vamos á tratar ahora de la postura que el caballero debía guardar en la silla de la jineta, asunto de encontradas opiniones en algunos de sus detalles, si bien en su esencia hubo por lo general común acuerdo.

F. B. NAVARRO.

CAZA DE LA PERDIZ CON RECLAMO.

¿Quién que de cazador se precie, después de cuanto se ha dicho y escrito en contra del reclamo, se atreverá á defenderle sin temer de incurrir en el más terrible anatema, que á una voz sobre él

lanzará el respetable número de los implacables adversarios de tal arte?

¿Quién intentará ensalzar los goces de dicha diversion sin miedo de aparecer como aficionado indigno, *maula*, *chanfla* y de sufrir los mil epítetos con que esa gran parte de los émulos de San Humberto harían significar su odio y su desprecio?

¿Quién osará recomendarla sin graves recelos de ser llamado cazador alevoso, innoble, inmoral, si es que sólo por ello no le negaban hasta el nombre de cazador?

Si las arrugas de la vejez surcáran ya mi frente, tal vez no hubiera tomado á mi cargo la defensa de la caza en cuestion, porque no se creyera que esto equivalía á pedir la jubilacion en la volateria, ó se atribuyera á falta de aptitud para el oficio en la escala de buena actividad; pero soy bastante conocido de los cazadores de todos estos terrenos y los de otros muchos, y saben que, á Dios gracias, no me hallo en tan triste caso, ni por consiguiente, debo sentir el más leve reparo al defender con ingenuidad y franqueza la caza de perdiz con reclamo macho, aunque lo haga de modo tan pobre y desaliñado que pruebe en ello no haber nacido para defensor; pero con esto entretengo las cansadas veladas de Enero en lo alto de la sierra de Loja, y hago ménos impaciente el deseo de saludar al nuevo día para reanudar la interrumpida tarea de trepar cerros con mi famosa *Diana* por delante, que es mi afición, ó mejor dicho, mi vicio favorito, por más que no desdeñe el echarme la jaula á la espalda una buena mañana de Febrero, aquí donde la falta de monte y lo extremadamente trabajoso del piso, hacen verdad, durante el invierno, aquel antiguo adagio que dice;

*En Enero y Febrero
No hay volatero.*

Perdona, lector querido, si tu afición á la caza te ha hecho incurrir en el mal gusto de fijar la vista en este artículo, que me detenga en pesadas digresiones sin haber dicho aún nada del asunto principal que me propongo; pero si eres cazador verdadero, comprenderás que no aventuramos fácilmente nuestra reputacion de tales, sin dejar ántes á salvo la dosis de amor propio que á todos nos es tan característica. Además, me sucede lo que á los tocadores de vihuela, que mientras peor lo hacen, más tiempo gastan en templar.

Entre los caprichos á que estamos sujetos los humanos, figura quizá en primera línea el de obedecer ciegamente á la rutina, sin detenernos á investigar la razon y fundamento que para cada caso haya. Bajo mil modos rendimos culto á tan superficial dama, y uno de ellos es el antiquísimo y decidido empeño de echárselas de caballero godo con las celosas y guerreras perdices.

Severos por demas son los adjetivos que más comunmente pone la rutina en boca de aquéllos á quienes no place la caza de que tratamos. *Innoble*, *alevoso*, *inmoral*.... ¿Qué manía! ¿Es acaso más noble la tan admitida caza al ojeo, en la que por parte del tirador no entra para nada la inteligencia, habilidad, astucia, ni trabajo alguno, más que el esperar como un autómatas en el paraje que el capitán ó armador le designa, habiendo hasta quien haga conducir un cómodo sillón para mejor sobrellevar *aquellas rudas fatigas*, y desde allí fusilar al inocente conejo que descuidadamente se le acerca *gazapeado*, ó á tres pasos del cañon se le para de *bolo* en escucha de las voces de los batidores?

¿Es ménos alevosa la pomposa y aristocrática caza de jabalíes á la *ronda*, en que el valiente cerdoso, en tanto que al silencio de la noche come tranquilo á favor de la luz de la luna, es de súbito acometido en veinte direcciones opuestas por las

traíllas de ágiles *podencos*, y afianzado como á un torno por los fornidos *alanos*, mientras que en gran tropel acuden los jinetes que se disputan la gloria de dar muerte cuchillo en mano al indefenso animal?

¿Será más moral por ventura la cacería á *diante* por medio de la *jauría* ó *recova* en la que, reunidos cuarenta, ochenta, cien y más perros, arrasan, cual avalancha exterminadora, cuanto animal de pelo existe por los parajes que se les hace atravesar, sin que las más veces pueda ver el cazador la caza si no cuando está en boca de los canes, que desgarran, despedazan y devoran una buena parte de aquélla?

¿Y qué dirémos, segun eso, de los *señuelos*, *cimbeles*, etc.?

¿Qué es la cacería en general, más que una serie de artillos, más ó ménos ingeniosos, en que el hombre pone en juego la fuerza de su inteligencia para apoderarse por engaño ó sorpresa de cuanto animal en estado bravío le ofrece Dios para su regalo, solaz y divertimento? Pero debiendo, sin embargo, haber siempre en ella justas y necesarias limitaciones que en beneficio de todos prohiban ciertos medios esencialmente destructores, cuya práctica acabaría en breve tiempo con las especies, y convertiría en utilidad de uno solo y en un solo instante lo que debiera ser por mucho tiempo objeto de la diversion y provecho de muchos. Tales son los que conocemos por *malas artes*, como los *hurones*, *lazos*, *redes*, *perchas*, los *perdijancos* á la *carrera*, y otros no ménos funestos.

No tienen, en mi concepto, razon alguna los que acusan como destructor al uso del reclamo macho, ni los que añaden que por cada hembra que se mata se destruye un *bando*. En primer lugar, quisiera me dijeran qué caza sea la que divierta mucho matándose poco. Esto me recuerda al que pretendía comprar en el mercado una merluza grande y que apenas pesara. Además, no veo que exista la decantada destruccion, pudiendo probar con resultados prácticos, que un regular tirador destruye más perdices en dos solas semanas de Setiembre, cazando al vuelo las *polladas*, que con buenos reclamos en toda la temporada del celo. Tenemos, por ejemplo, en esta sierra el coto de *Camacho* y *Amarquillo*, de escabrosísimo terreno, propiedad del Sr. Conde de Castillejo. Cuando cazábamos allí algunos aficionados al *volateo*, llegaron á escasear las perdices hasta el punto de que en el cerro llamado la *Fontezuela*, en el de los *Avantos* y algun otro quedaron casi exterminadas. Hace cinco años no se permite cazar en todo aquel sitio más que con reclamo, por no ser el propietario aficionado á otra cosa. Desde mediados de Enero hasta Abril no faltan constantemente numerosas partidas de jauleros que todo lo recorren, y hasta la fecha han aumentado las perdices de modo tan portentoso, que son una plaga, objeto de las sentidas quejas de todos los labradores de la comarca.

Respecto á que se destruye un *bando* por cada hembra que se mata, no lo creo tampoco bien apreciado. Lo mismo sucedería en cualquier tiempo y de cualquier modo; pero la hembra hasta el tiempo de la veda está expuesta á mil eventualidades que no hacen segura su reproduccion. No es lo mismo que en la época de la incubacion, en que se trata de un resultado inmediato y positivo.

Por último, rechazo tambien la nota de *flojos* con que suelen motejar á los que practican la caza de perdices en *puestos*, cuya tacha creo de igual manera aplicable á todas las demas formas de cazar, porque eso depende del modo y parajes en que cada cual se proponga llevarlas á cabo. Desde la azarosa montería en que la mayor parte de los tiradores acostumbran llevar una cómoda cabalgadura, en la cual son trasportados de *postura* en *postura*, hasta la agitada volateria, en que hemos

visto quién enviaba cierto número de peones que sacáran á las perdices de sus querencias y las trabajáran hasta dejarlas en punto de que el cazador pudiera llegar á caballo al teatro de sus hazañas, y allí ir las tirando una á una, desmontándose para ello cada vez que su perro quedaba de *muestra*, en todas es compatible la comodidad y *maulería*, siempre que haya *vocacion* para ellas. Pero aquí no debemos hacer mencion de esos cómodos señores que sólo salen al campo media docena de veces durante la temporada del celo, eligiendo los días más serenos y apacibles, las horas más templadas de la mañana y el lugar más ameno y afable, más bien con objeto de respirar el aire puro y aromatizado de las campiñas, y á los templados resplandores del sol saborear la lectura de alguna amorosa novela, ó admirar en algun extenso periódico la elocuencia de los discursos, que con el solo fin de cazar, extasiados en la expresiva y variada música de sus reclamos. Sólo debemos referirnos á los cazadores de *pura sangre*; los que llegada la época oportuna lo mismo desprecian la nieve, la lluvia y el viento, que la cama, comida y abrigo, y su solo objeto es cazar, cazar á todo trance y á toda costa. Estos no toman jamas en cuenta la comodidad: se levantan de noche aún, y marchando á pié, porque así se hace ménos ruido y se conducen con más desembarazo, hacen primero el *puesto* del alba, desde el cual, dando grandes rodeos para entrar debidamente y sin volar á las perdices de sus querencias, á paso de carga para no perder las horas críticas, se dirigen sucesivamente á los de *sol*, que practican siempre en lo más escabroso de los *agrasales*, y á veces en sitios apenas accesibles á la cabra montés.

Tengo por más activa y trabajosa esta cacería (ni ménos como aquí se hace) que las de conejos, en las cuales, teniendo que dar tiempo por necesidad á que registren los perros, deben siempre hacerse con mucho sosiego y lentitud. De aquí el dicho vulgar que aconseja *el perro viejo y el cazador cojo*. ¿Algo bueno daría por ver en estas *pedrizas* á muchos de esos esforzados andarines que tanto desprecian (porque no la conocen) la *perezosa* caza del reclamo!

Estoy para mí en que esos calificativos y falsas creencias provienen principalmente del egoísmo, y algun tantico de envidia inherentes á todo el que sale al campo con escopeta, cuyas faltillas suelen ir en aumento proporcional con la habilidad y mérito de los cazadores, dando por resultado el no poder ver con resignacion y paciencia que en la época del año que más trabajo cuesta matar la caza, haya quienes sin ser, ni aún medianos tiradores, como sucede á muchos aficionados al reclamo, nos pasen por los ojos el morral bien repleto de perdices muertas; y de aquí la consecuencia de que todo el que no es capaz de perseguir á un topo, ni de pegarle un tiro á una catedral, aunque para ello lo hubieran de encerrar dentro, pero que en las tertulias y casinos blasona de gran cazador, crea para ello como indispensable el mostrar con aire fanfarron su odio encarnizado al reclamo y á todo lo que no sea guerra *noble*, *franca* y *leal*.

La caza de la perdiz con reclamo macho no es un ardidejo despreciable al alcance de cualquiera, sin más que tomarse el trabajo de enjaular una de aquéllas y salir adónde y cuándo le parezca. Es un arte que si se ha de ejercitar debidamente, exige del cazador ciertas dotes y condiciones, como son la robustez, agilidad é inteligencia. La primera, porque sería expuesto en un aficionado de complecion enfermiza el echarse al campo durante las crudas madrugadas de Febrero, y á traves de escabrosos vericuetos y empinados cerros, llegar agitado y hasta sudoroso á los *puestos*, que muchas veces hay que desocupar de nieve, para acomodarse inmediatamente dentro; la segunda, porque el que

carece de ella, ni se aleja, ni entra en los lugares frágiles que la caza siempre elige para sus *sesteos*: y la tercera, porque es indispensable para obtener grandes resultados el saber los sitios en que á ciertas y determinadas horas hay que esperar á las perdices, comprender las *subidas* y *corrientes*, y tratar al reclamo con el debido conocimiento y maestría. En cuanto á la habilidad en el acto de tirar en el *puesto*, ni hay en ello el menor mérito, ni halaga en gran manera. Siempre que álguien me acompaña en alguno, le coloco junto á la *tronera*, con tal que sepa no *descomponer* al reclamo, dando á debido tiempo muerte á las perdices.

Poco diré, por no cansar demasiado, sobre tan magníficas aves, cuyas diferentes especies, tales como la *cenicienta*, la *griega*, la *perla de China*, del Senegal, la *Gambra*, de Pondicher, etc., se extienden por casi todo el mundo.

En el sudoeste de Europa está representado el género perdiz por la *roja*, cuyo área de dispersion hasta hace poco tiempo no se ha podido fijar con certeza. Hará unos cien años que la aclimataron en Inglaterra, donde actualmente es bastante numerosa en los condados del Este. Escasea en Malta y es común en Francia y Portugal. En España se la encuentra con gran abundancia en todas las montañas hasta dos mil metros sobre el nivel del mar. Es un ave sedentaria, que vive siempre un dominio de corta extension. Evita los grandes bosques, prefiriendo los terrenos pedregosos y los matorrales inmediatos á las tierras de cultivo, donde gusta mucho de hacer su nido, cuya puesta suele constar de doce á diez y seis huevos de color amarillo rojizo, salpicados de pardo. La incubacion dura cuatro semanas, al cabo de las cuales, y tan pronto como los perdigoncillos dejan el cascaron, corren á la vista vigilante de su madre. Aliméntanse primero de gusanos, larvas é insectos, y ántes de un mes vuelan con agilidad y comen el grano como sus padres. Se cree generalmente que sólo á la madre está confiado el cuidado de la cría, y aunque así se observa, por regla general, puedo asegurar que no siempre sucede lo mismo, pues he visto más de una vez al macho cubriendo el nido por haber perecido la hembra, y no me es raro el hallar sólo al padre al frente de sus hijuelos.

La época de cazar con el reclamo macho varía segun los diferentes climas y localidades. En el sud de Andalucía principia ántes de mediar Enero, por cuyo tiempo tengo allí hechas buenas matanzas. En las provincias de Granada y Jaen no empieza hasta principios de Febrero; y en otras más al Norte, como en la de Santander, comienza en el mes de Marzo.

Pocos dias ántes de los indicados en cada país empiezan á reunirse los machos de las bandadas para separarse las parejas, en cuya ocasion suelen hacerse *puestos* muy divertidos, aunque peligrosos; porque se enardecen, descomponen y resaban muchos buenos reclamos, que no debieran sacarse jamas al campo, á no estar bien declarado el celo.

La actividad de las perdices se despierta apénas aparecen por el horizonte los primeros tintes de la aurora. Entónces todas cantan, bullen y corren, tirándose de *vuelo* á las rozas y sembrados, en los cuales, tan pronto como ponen los piés, principian á comer caminando hácia arriba. A esta hora y en tales sitios se hace el *primer puesto*, llamado del *alba*, y dura hasta que sale el sol. Al mismo tiempo de no ser estos *puestos* de los que dan á matar más caza, son en los que se desconciertan más los reclamos; porque oyendo tanto cantar y volar en todas direcciones, se impacientan, irritan y colman de celo, faltándoles despues la calma y serenidad precisas para el *recibo*.

Como las perdices siguen su marcha en direccion á los *sesteaderos*, inmediatamente de concluir

el *puesto del alba* deben hacerse otros dos consecutivos, llamados de *sol*: el primero á mitad de las faldas ó laderas, eligiendo por supuesto sitios de querencia y buena *subida*, y el segundo en lo más alto y escabroso de los torcales. Cada uno de ellos suele durar unas dos horas próximamente, á no ser que se presenten *lances* que entretengan al cazador. Estos son los que divierten más, tanto por ser los más seguros, como porque en ellos canta el *campo*, haciendo desde luego la *guerra* al de la *jaula*, que necesita aquí desplegar todo su mérito, habilidad y recursos, en lo cual consiste el verdadero placer de esta divertida afición.

De once á doce de la mañana debe darse descanso al reclamo y tiempo para que coma y cobre nuevos bríos. Desde esta hora permanecen las perdices libres escondidas, silenciosas y como durmiendo hasta eso de las tres de la tarde que vuelven á mostrarse bulliciosas, y entónces puede hacerse otro *puesto* de tan buenos resultados como los de *sol*.

Debe tenerse gran cuidado en dirigirse á los *puestos*, entrándoles siempre de arriba para abajo, aunque para ello hayan de darse grandes rodeos; pues en esto estriba las más veces el éxito de la empresa.

En esta afición no han de admitirse los términos medios en cuanto á los reclamos. O han de ser buenos ó no tenerlos. Lo contrario es quemarse la sangre, desesperarse y renegar del *campo* y de la cacería. Pero los buenos escasean siempre, por lo difícil que es hallar reunidas todas las buenas cualidades, y por eso se pagan de quinientos hasta mil quinientos reales por un *pájaro* de mérito. Unos suelen tener mucho genio, resultando por ello que cantan mucho y *reciben* mal: otros son *frios* y *reciben* bien, pero cantan poco; y otros que cantando mucho y recibiendo bien, cuando llega el caso, tampoco sirven por tener demasiada *música*, siendo éste el defecto que más ilusiones causa á los aficionados poco inteligentes. Esas tarabillas de cantar sin ton ni són, sin entrar en contestaciones con el *campo*, ni áun pararse para escupir, son inútiles, no atraen, y los del campo al escuchar tales algarabías, que ni les dan entrada ni nada les dicen, escurren la pluma, callan y se alejan.

La gran cuestion consiste en reunir en un reclamo el suficiente temple de genio por el cual consiga que, teniendo buena *música* y *bien repartida*, *reciba* con la mayor tranquilidad, suavidad y dulzura. Los aficionados que logren reclamos de estas condiciones bien deben esmerarse en conservarlos. ¡Ah, *Dorado*, *Navarro* y *Riofrío*! pocos dias faltan para hacerme escuchar (Dios mediante) vuestras acompasadas y sonoras voces, tan gratas y cadenciosas á mi oído como las melodías de Beethoven, de Bellini y de Mozart!

Loja, 29 de Enero de 1879.

ADOLFO DERQUI Y CAMPOS.

CURIOSIDADES DE LA CIENCIA.

AMETRALLADORAS VIVAS.

Desde el dia en que el Coronel R., haciéndome asistir á los funerales de un bengalí, me habia demostrado victoriosamente mi ignorancia y el ingenio de ciertos insectos, estaba siempre deseando tomar una revancha. La ocasion se me presentó á los pocos dias. Cuidando una mañana mis fresas, descubrí debajo de un viejo ladrillo un nido de *Brachinus explosor* de Linneo. Estos lindos tiradores no debia conocerlos el Coronel, y yo gozaba pensando en batir á aquel viejo en su propio terreno, la artillería.

—¿Cuándo cree V. que se inventó la ametralladora? le pregunté.

—¡La ametralladora! Esperad; creo recordar haber leído que en el sitio de Pavía un pobre diablo de inventor presentó al rey una máquina que con cargarla una vez hacia cincuenta disparos seguidos. El Rey tomó el papel y, sin leerlo, hizo encerrar al artillero en una casa de locos.

—Está V. atrasado Coronel; la ametralladora existe desde la creacion del mundo. Noé tuvo dos en su arca, una macho y otra hembra.

—¿Qué significa esa burla....?

—Tómese V. el trabajo de seguirme hasta el sitio en que tengo plantadas mis fresas y le enseñaré un parque de bombardas de muchos disparos que viven, que no se cargan y que parten por la culata. El Coronel me examinaba con interés. A sus ojos evidentemente merecia yo la suerte del inventor que acababa de mencionar.

II.

Usted no ignora, le dije, llevándolo hácia el ladrillo de los brachinos, que la naturaleza ha dotado al débil, al muy pequeño, de facultades prodigiosas. Las energías vitales se traducen en sus microscópicos cuerpos por colores mágicos, orgías de luces y focos de fuerzas inauditas. Al uno da armas terribles, venenos mortales; al otro, músculos cuyo poder confunde nuestra razon.

—Es exacto, me contestó el coronel.

—La ley de la naturaleza, continué, es la destruccion universal. El insecto está hecho para devorar: todo él es vientre y mandíbulas. Armado hasta los dientes, siempre con apetito, nunca repleto, él es el gran purificador. Para llenar esta mision, Dios le ha forjado arsenales de dardos, garras, cimitarras, espadas, puñales y hoces. Pero este implacable destructor hubiera ido más allá del objeto, y por eso tiene sus enemigos. Como él está armado para la carnicería, otros están acorazados para la resistencia. Hay escudos que paran esas terribles estocadas, líquidos corrosivos que magnetizan en sus pesadas armaduras esos indomables monstruos. El fuerte cae á menudo bajo los golpes del débil; allí tambien hay justicieros. El derecho existe y triunfa de la fuerza brutal. Así se establece el equilibrio.

III.

Habíamos llegado. Di con el pié al ladrillo, y enseñando á mi compañero la familia de brachinos que bajo él se ocultaba, le dije sencillamente: «Vea V.»

Los pobres insectos, asustados, no comprendian nada de este cataclismo que por la segunda vez en un dia hacia entrar bruscamente el sol y el aire en su misterioso retiro. Iban y venian como locos, y apénas daban tiempo para admirar los lindos colores de su uniforme.

—¿Es ésta su artillería? me preguntó el Coronel.

—Va V. á verla, le contesté. Concédame solo cinco minutos de atencion, y asistirá á una verdadera ejecucion militar con fuegos de peloton, fuego de tiradores, bombardeo general....

No concluí. Uno de esos carabes dorados, vulgarmente llamados jardineros, salió de pronto por el ángulo del sembrado. Corria con sus seis patitas el atrevido como un hambriento. Su aire amenazador, sus ojos y boca abierta, todo parecia decir: «por aquí huele á carne fresca.»

—Calle, dijo el Coronel, hé aquí uno de mis guardas de campo. Sin él y sus valientes camaradas, estaria infestado de babosas.

—Salúdalo V., pues va á morir. Y esas débiles moscas azules, tan gentiles, tan tímidas, son las que van á destruir á ese coloso. Mirad.

El carabe, atrevido como Atila, corría hacia aquella turba dorada; de pronto cayó con la boca abierta sobre una apetitosa y robusta hembra, de la que sólo hubiera tenido para un bocado, cuando ¡pan! ¡pan! dos disparos resuenan. Una nube de humo acre rodea al gloton, que, todo aturdido, se para. La pobrecita estaba salvada.

La cosa había sido tan pronta, que mi compañero no se había dado cuenta del fenómeno. No había visto salir del abdomen del insecto amenazado una gotita de líquido, que inflamándose con el aire, había causado aquel ruido, aquel humo y la parálisis súbita del agresor. Entonces le expliqué todo esto, que había leído en Linneo aquella mañana.

IV.

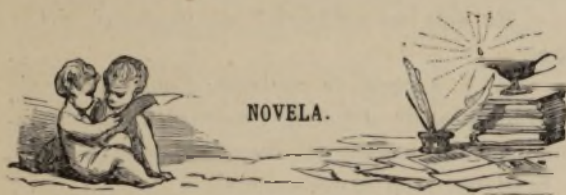
Advertidos del peligro, los bravos insectos se habían transmitido la consigna. ¡Cara al enemigo! Y mientras el escarabajo, más hambriento que nunca, parecía querer volver á empezar su caza, los vimos por grupos de dos á tres ganar la altura de un terron inaccesible, donde cada uno tomó su puesto de combate. Por las troneras de aquel fuerte improvisado, los brachinos apuntaban, el jefe vigilaba la maniobra. Era maravilloso.

A la primera tentativa de escalada, el gloton recibió una descarga cerrada. Sofocado por el vapor, alcanzado quizás por alguna gota de aquel líquido corrosivo, el escarabajo mordió el polvo. Una baba oscura y fétida salió de entre sus mandíbulas; sus patas temblaban como en convulsión, y todo su cuerpo parecía sacudido por un horroroso cólico de miserere.

—¡Bien tirado! gritó el Coronel, feliz con encontrarse en medio del embriagador humo de las batallas.

Pasaron algunos minutos y el espasmo nervioso del escarabajo terminó. Avergonzado quizás de aquella media derrota, quiso volver á la lid, salir al asalto, hacer sus pruebas de valiente presuntuoso! Entonces todo el batallón enemigo formó en círculo, las cabezas para la parte de fuera, y estas baterías de ametralladoras hicieron nutrido fuego. Nadie mandaba ni había método, tiraban á voluntad, pero era preciso ver el efecto. El monstruo, el coloso, pesando él sólo más que veinte docenas de brachinos, se revolcó aún en el suelo, regado por su viscosa baba, y agitó en el espacio sus miembros contraídos. Las angustias de la muerte se traducían por algunos sobresaltos supremos, y cuando paralizado, quemado, ciego, era ya incapaz de defenderse, la jauría de las pequeñas y débiles moscas se precipitó sobre aquel cuerpo gigantesco, para el apetitoso y glorioso reparto de la caza.

F.



NARCISA.

I.

¡POR FIN!

Parecía Juliana la representación de la generosidad, con ambas manos llenas de trigo que echaba sobre el inquieto y voraz averío de aquellos corrales.

Vestia de negro; falda de merino, que iba rozando con el suelo; pañuelo de seda, del mismo

color y con lunares blancos; cuerpo ajustado, que delataba la hermosa, suave y poco desarrollada curva del seno, y el talle sutil y derecho como un álamo joven. Su rostro era blanco-mate; sus labios finos, y su nariz, ligeramente aguileña, presentaba en el promedio de su delgada línea una pequeña prominencia, que prestaba á todo el conjunto de las facciones sello de dignidad y nobleza. Sus ojos eran pardos; los dientes, ebúrneos; las pestañas, largas, diseñaban la figura del arco, moviéndose con gracioso mariposeo al parpadear; Así era Juliana.

—¡Vamos, hambrientos!—dijo dirigiéndose á media docena de palomas que frente á ella movíanse torpemente y arrastraban sobre el suelo el plumoso buche.—¿Cuándo os cansaréis de comer?

Las palomas contestaron con un arrullo, como manifestando esta idea:

«Dame pan y llámame hambriento.»

Y la señorita Juliana metió sus manos en los bolsillos de su delantal de lana y las sacó llenas otra vez de trigo. Alborotóse el averío; las gallinas quisieron tomar á picotazos las primeras posiciones; un capon,—que así se le llama,—enderezando sobre una pata su inútil vida, meneó la cresta, hízola caer á un lado y á otro, y lanzó de su pecho un cacareo ministerial, que podía traducirse: «¡Á mí, que soy tan obediente y pacífico, no me olvidará V.!» Los gansos reclamaron también su parte, y hasta los pavos hicieron la rueda, como hombres que piden algo.

—¡Ea! Se acabó. Ya no hay más,—afirmó Juliana dando resueltamente algunos pasos hacia la puerta.

Luégo volvióse hacia las bardas del corral más cercanas, y asomando su rostro por encima de una de ellas, miró al camino.

Era una faja polvorienta, que serpenteando en ondulante línea, perdíase á lo lejos en los altibajos del montuoso paisaje. No se veía un árbol ni una mata. Rastrojos agostados por la derecha; prados sin verdor por la izquierda, y allá, á lo último del horizonte, una cumbre nevada que hundía su cabeza en las nubes grises de un celaje torvo y amenazador.

—Ya son las cinco,—pensó Juliana, mientras sus manos arrancaban del lomo del bardal unos hierbajos parásitos que allí crecían.—Á las tres salió de Casanueva. Á las cuatro habrá pasado por la Galianilla, donde le esperaba mi padre... ¡Poco tardarán!

Después miró al suelo con atención profunda. Así se mira cuando se medita.

—¡Qué tonta soy!—exclamó casi casi con la boca.—¡Qué impaciencia la mía! Si mi padre penetrase lo recóndito de mi sér, se quedaría absorto y asombrado. ¿Qué es lo que aguardo con tanta ansia? ¿Qué es lo que espero?... ¡Calma, calma, calma! ¿Qué adelanto con mirar una y otra vez? ¡Verémos quién puede más, si mi voluntad ó mi corazón! Ahora me entro en mi cuarto, llamo á mi hermana, y me pongo á bordar. Aun cuando tarden una y cien horas, no he de dar señales de impaciencia... ¿Qué señales? ¡Ni he de sentirla tampoco!

Hízolo como lo pensaba la simpática señorita, y, atravesando el corral, subió una escalerilla de piedra que conducía á la casa, en cuyo aspecto exterior observábanse todos los rasgos de la vivienda de un hacendado rural. Había en ella dos pisos, un tejado invadido por hueste trepadora de jaramagos y parietarias, mucha ventana de diversos tamaños y anárquica distribución, balcones corridos de mohoso hierro, dos corrales y un jardín, único paraje frondoso en aquellas diez leguas á la redonda.

Por el interior advertíase en las habitaciones mucha desigualdad en el mueblaje y adorno. En unas salas veíanse muebles de última moda, piano

vertical de siete octavas con su músico de palo santo; arañas de cristal y butacas enfundadas. En otras partes, desnudez completa en las paredes, bancos de pino sin pintar, viejos arcones, cuyas bisagras chirriaban al abrirse, y aquí y allá, pendientes de las paredes, collarones de mulas, montones de varas, azuelas, palas y utensilios agrícolas.

Juliana anduvo por el largo pasillo que llevaba á su alcoba, y al entrar en ella dijo con entonación cariñosa:

—¿Dónde está esa perdida? Me dejas sola, Narcisa, y me desespero esperando.

—¡Ja, ja, ja, ¿Estás impaciente?—repuso la voz dulcísima de otra señorita.

—¿Yo?... ¡por papá!—contestó Juliana echando una furtiva mirada al espejo, donde se retrató su faz, teñida súbitamente de carmin.

—¡Por papá... por papá! ¡Picarilla! ¿Qué poca confianza tienes en tu hermana!... ¿Y ese señor don Angel Garrido no te inspira interés ninguno?

—¡Vaya! ¡Fuera una solemne bobada! ¿Le conozco acaso?

—Le conoces de nombre, de referencias y de fotografía, que es conocerle poco ménos de vista. Sabes que es un señor promotor fiscal de mucho talento, que tiene ojos negros, barba negra y traje negro; aquello, porque Dios quiso dárselo; esto, porque acaba de morir su madre, buenísima señora, que está, sin duda, donde la nuestra: en el cielo... Todo esto sabes... y algo más que me callo... Sabes que viene á vistas con el intento de que le conozcas personalmente y le trates... ¡en suma, para casarte contigo!

—¡Calla, calla, charlatana! ¿Qué suelta tienes la lengua! ¡Has venido del colegio hecha una oradora!—replicó Juliana, sentándose en las rodillas de su vivaracha interlocutora.

—¡Quieres que siga hablando y me dices que calle! Comprendo tu modestia, tu temor, tus ruborillos cuando hay gente delante. ¡Pero ahora cuando estamos solas, yo sentada en mi silla y tú sentadita en mi falda... cuando están nuestras caras tan juntas!...

Así era verdad: los rostros de ambas muchachas tocábanse casi, y sin casi, se tocaron cuando Juliana, para poner fin al discurso de su hermana, posó sus labios en los de la habladora, imponiéndoles silencio con aquella dulce mordaza. Fué el beso de la rosa y el coral que nos refiere la fábula árabe. La boquita pequeña, levemente coloreada, de Juliana selló una vez y otra vez los labios rojos de Narcisa, y durante un breve rato sólo se escuchó en la estancia ruido de besos.

—¿Quieres que vayamos al jardín? Si,—dijo Narcisa.—Subirémos al mirador, y desde él podremos dominar toda la campiña... En cuanto veamos el polvo de los caballos, bajarémos á nuestro cuarto, y allí nos pondrémos á bordar, á coser, á regar los rosales, á limpiar las jaulas de los canarios, á... á cualquier cosa, á fin de que no se figure ese prodigio, ese Séneca, ese Adónis... pues de prodigio, de Adónis y de Séneca tiene D. Angel... á fin de que no se figure que le aguardamos con impaciencia... ¡Quiérole mucho, pero no se lo demuestres!

—¡Muchacha! Tú sabes más de lo que debes saber!... No es bueno el disimulo... sobre que no hace falta, pues no hay en mí tal amor, ni tal...

—¿Volvemos á las andadas? Eres incorregible. No disimules, no finjas.

—Tú eres quien me propone el fingimiento.

—Si, para ocultar el amor que finges no sentir!... ¡En marcha!

Levantáronse las dos señoritas, y tomando dos pañuelos de seda, echáronse sobre las gentiles cabezas. La de Narcisa era pequeña y no ofrecía facción notablemente hermosa, porque si sus ojos eran vivísimos, negros, fulgurantes, en cambio no

tenían grandor extraordinario; si su nariz era bella, fina, de ventanas nacaraditas y movibles, en cambio parecía harta chica para armonizar con la anchura y despejo de la frente; si su pelo era negro como el de Cloe, no tenía aquel brillo de grano de mirto que Longus atribuye á la amante de Daphnis. Á pesar de esto, mirar á Narcisa y sentir el influjo magnético de la simpatía, era obra del mismo instante. ¿Debía atribuirse este hechizo al juego de sus ojos ó al de sus labios? ¿Era la luz de su mirar inteligente, lúmpido, sereno y claro, ó alguna fuerza misteriosa y desconocida, especie de electricidad del alma que descargaba sus corrientes alrededor de sí, colocándose en una atmósfera de atracción inevitable? Por ahora no sabemos decidir el caso. Tal vez los sucesos de esta historia nos entreguen la clave del secreto.

Narcisa y Juliana entraron en el jardín, que era grande, y se perdieron en las nemorosas oscuridades de su alameda, donde mil pájaros piaban, cantaban y reñían entre los árboles.

—¡Eh, señores pajarillos!—dijo Narcisa mirando á lo alto de los árboles.—¡Casta endiablada de murguistas, Apolos con alas, tunantuelos holgazanes, guardad silencio!

Cuatro ó cinco de los interpelados salieron de la copa de un plátano y fueron á esconderse en la elevada cima de un álamo blanco, cuyas hojas bicolors agitábanse mansamente, mostrando ora la carita blanca, ora la oscura, al modo de niña coqueta, que ya nos enseña su rostro enojado y sombrío, ya sonriente, luminoso y sembrado de dulces hoyuelos por la sonrisa. Desde su nueva orquesta reanudaron la inarmónica sinfonía de pitidos, gorjeos, trinos y arrullos. Tórtolas, verderones, petirrojos, calandrias y mirlos andaban por allí en graciosa bandada. También el romántico, el poeta melencólico, el galán, el risueño digo, hacia arpegios, modestamente escondido en lo más intrincado del follaje, y el gorrion procaz, y la abubilla de largo pico y ojuelos de señorita, y la orgullosa oropéndola, que busca las soledades. Todos sonaban sus instrumentos músicos, y parecía que estaban enredando una madeja musical, ó poniendo en cifra los delirios de Paganini. Ya se podía creer que disputaban, haciendo acudir al pico las razones; ya que, agotadas éstas, se insultaban retándose á singular batalla; ya que hablaban de amores, y entonces era de ver cómo del grupo más numeroso salían volando, por distintos lados, dos pájaros, para ir á decirse en secreto algo que está mal de decir *coram populo*.

—Hija mía,—dijo Narcisa parándose delante de Juliana, después de haber andado algunos pasos.—Aquí no se puede vivir. Si no fuese por nuestro pedazo de jardín, verdadero oasis de este Sahara, á que llamamos la Mancha, yo me ahogaba, me moría!

—¿Qué exageraciones! ¿No he pasado yo mi vida en este pueblo? ¿No he vivido, durante los cinco años que estuve en el colegio, sola, completamente sola, sin compañía de nadie, sin distracción de ninguna clase?—repuso Juliana.

—Es que tú eres de la madera de los mártires. Todo lo encuentras bueno... No comprendo la vida en este lugar. Voy á hacerte la pintura de las felicidades que puede proporcionarnos... Pero andemos y hablemos al mismo tiempo.

—Vamos donde gustes—repuso Juliana sonriendo, y echándose aire con un abanico.

—Primera distracción:—continuó Narcisa contando las distracciones por los dedos—pasear por el jardín. Segunda distracción: sentarse en el jardín. Tercera distracción: volver á pasear por el jardín susodicho... Y así sucesivamente... ¡Ah! se me olvidaba. Además, se puede gozar mucho, muchísimo, recorriendo los barbechos y destrozarse los pies en sus endurecidos surcos, cegar con el

reflejo de un sol que echa lluvia de rescoldo sobre la tierra, respirar el ambiente polvoroso, y morir de tedio después de disfrutar estos encantos de la bella naturaleza.

—Pero Narcisa; prescindes de uno de los principales placeres nuestros.

—¿Cuál?

—El de la vida de la familia.

—¿Cómo si la vida de la familia no fuese igualmente agradable en la Mancha que en Madrid! ¿Cómo si fuesen incompatibles la vida del hogar, el cariño de mi excelente, de mi excelentísima hermana, y el de mi papaito, con los encantos de las grandes ciudades!

—Tanto como incompatibles, no digo; pero confiesa que... un poco reñidillos sí están. Si se vive mucho fuera de casa, algo hay dentro de ella que se queda frío. El tizon que arde en la calle no calienta el hogar.

—¡Filosofía! Yo estoy por las cosas prácticas. Puede arder la mitad del tizon en la calle y la mitad dentro de casa... Me parece que te he vuelto bien la pelota.

Habían llegado al sitio del jardín que se llamaba el *Mirador*, y que no era otra cosa que una elevación del terreno que formaba un á modo de montículo, sobre el que estaba un banco de hierro. Rodeábanle diversas plantas de flor olorosa, que, mustias y marchitas por el calor del día, exhalaban su aroma en el aire quieto y pesado de la bochornosa tarde.

—¿Ves el camino?—dijo Narcisa.—No viene nadie.

—¿Aun no! repuso Juliana.

—Ahora se levanta un poco de aire... Mira como se menean las grandes aspas de los molinos de viento.

Meneábanse, en efecto, las ruedas de tres molinos que en la lejanía más remota se columbraban, y con sus brazos extendidos y su montera de plomo inclinada hacia la derecha, por el batir de los temporales, parecían una cuadrilla de matones embravecidos, puestos allí para amedrentar al mundo, retando á riña á todos los valientes. Más abajo extendíase el campo infinito, abierto, igual, y sus tonos rojos y pardos no se veían alterados sino por algún manchón blancuzco de peñascos, ó por la oscuridad de tal cual zarza silvestre.

—Ni viene ni asoma, dijo Narcisa en tono humorístico.

—Hacia los Cabezuelos veo un caballo que corre.

—¿Serán ellos?

—No, porque han de venir tres caballos: uno el de mi papá, otro el de D. Angel, y además el que trae Toñuelo con los equipajes.

—Entonces, ¿quién es ese jinete?

—Sin duda es D. Meliton, el diputado provincial, que viene de Rionegro.

—¡Uf! ¿qué hombre más cargante!... Él es, sí... Ahora distingo su caballo blanco y su gran sombrero de paja.

Los Cabezuelos eran tres grandes peñascos de forma esférica que había á la derecha del camino, sobre una pequeña altura; y cerca de ellos venía un jinete, de desgarrado talle, flaco y huesudo como D. Quijote, cuyo Rocinante, peludo y trotón, hacía sonar, andando, el hierro del freno. Traía el jinete polainas de cuero, espuelas viejas y herrumbrosas, borceguíes blancos llenos de barro, y un gaban, que llenándose de aire, á manera de vela latina, con el andar del caballo, aumentaba la extraña apariencia del señor Diputado.

Juliana le veía avanzar, y cuando estuvo cerca de la tapia del jardín, púsose en pie para saludarle.

—¡Hola, buenas mozas! ¿cómo estais? ¿No ha venido vuestro padre?—preguntó D. Meliton refrenando el feo jaco.

—Aun no. Y ya esperamos con impaciencia.

—Ha sido una locura ir hasta la Galianilla sin llevar gente armada—afirmó el Diputado.

—¿Hay algun peligro?—preguntó Narcisa con gran anhelo, mientras que Juliana daba á entender en su semblante la ansiedad con que esperaba la respuesta.

—Si he de hablaros con franqueza, le hay.... Esos secuestradores... Esa compañía de muchachos de temple que capitanea Luisillo *Cien-reales*.

—¿Y andan por aquí hoy?—preguntó Juliana.

—¿Quién sabe donde andan?—dijo el Diputado acariciando con una mano el cuello del rocín. —Esos pájaros, de un vuelo se van de esta provincia á la de Ciudad-Real, y de otro vuelo se vuelven. Pueden más que el diablo.

—¡Dios mío!—exclamó Juliana.—¿Qué no les hayan encontrado?

—Pero, señor, ¿no hay autoridades? ¿no hay Guardia civil?—interrogó con indignada voz Narcisa.

—¡Ta, ta, ta!—repuso D. Meliton.—¿No te he dicho que pueden más que el diablo? Gracias que los chicos son gente de buen sentido, y á las autoridades nos permiten circular libremente. Si no fuese por su condescendencia, llegaría á Villar-Don-Lucas el correo una vez al año.

—Pero esa es una infamia—balbució Narcisa.—Eso es vivir gobernada por bandidos.

—No tanto, no tanto, señorita... No os llenéis de temor anticipadamente. Aun no es tarde. Acaso hayan ido los viajeros por la colada real, y entonces no sería extraño que tardasen más. ¿Queréis algo?

—Que V. descanse,—dijo Narcisa.

—Adios,—añadió Juliana sin apartar sus ojos del camino.

—Si ocurre algo, llamadme,—repuso el Diputado, á tiempo que su caballo, herido por la espuela, partió trotando, con cuyo violento arranque las palabras de su señor salieron completamente dislocadas.

—¡Oh, qué horror!—dijo Narcisa juntando con piadoso ademán las manos.—¿Habrán caído en poder de los bandoleros?

—No.... Dios les habrá libertado de tanta desgracia.... Enviarémos á Bonifa para que los busque.... Salgamos al ménos de esta incertidumbre. Me asustan, ménos que la duda, todas las desdichas del mundo juntas.

—¡Bonifa! ¡Bonifa! gritó Narcisa.

Su voz resonó en lo último del jardín, de donde respondió otra voz ménos dulce:

—¡Voy allá, señorita, voy allá!

Escuchóse el ruido de unos pies que pisaban la arena del sendero, rozar de ropas en los bojes y rosales de la vecina calle, y después apareció sobre el mirador la figura del mayoral de la labranza, del señor Pantoja.

—¿Ocurre algo, señorita?—dijo aquel rudo hombre llevando su mano á la cabeza para quitarse á medias el sombrero.

—Ocurre, ocurre....—balbució impaciente Juliana.—¿Dios sabe lo que ocurre! Papá tarda mucho. Tememos que le haya ocurrido algo... Monta á caballo, recorre el camino hasta la Galianilla, y averigua dónde están... dónde está mi padre.

—¡Qué, señoritas! No tengan ustedes miedo. Vendrán más despacio, pero no hay nada que temer.

—¿Y esa partida de Luisillo *Cien-reales*?

—Por ahí anda,—replicó el mayoral señalando al campo con ademán torpe.—Esos tunos se meten con la gente floja; pero con el señorito.... ¡Vamos! ¿á dónde irían á parar ellos? ¡Buenos lu-

mos gastan los Pantojas! Díganlo aquellos pillas-
tres de la partida carlista de Lirones, que quisie-
ron acoquinar una noche á su abuelo de usted....
y ¡vamos! qué áun deben estar corriendo! Déjenle
á mi señor don Sandalio, que teniendo á mano
una herramienta, así huirá él como mi padre, que
está en el cementerio... A más de que D. Sandalio
va armado...

Ni un momento siquiera prestaron las dos jóve-
nes atención á las palabras del viejo mayoral. Le-
janos rumores que llegaban confusamente hasta
ellos las tenían preocupadas, con las pupilas fijas
en lo más remoto del camino, y el rostro dilatado
por el ansia de oír y ver. Eran algo como galopes
de caballos, ruidos secos, que parecían aproxi-
marse á veces y huir poco despues.

—¿Serán ellos?—preguntó Juliana.

—¿Vendrán ya?—dijo también Narcisa.

—Claro es que son ellos—afirmó el mayoral.

—Bonifa. Allí aparece un jinete.

—¿Papá?—exclamó Narcisa.

—¿Ángel?—dijo Juliana.

Vióse gran polvareda en un ángulo del cami-
no, y, envuelto en ella, un jinete que corria, corria
con desenfrenado galope. Detras venía otro jinete,
y otro detras.

—¡Ahí están!—gritó alegremente Narcisa.

—¡Por fin!—exclamó Juliana.

J. ORTEGA MUNILLA.

(Se continuará.)

LAS PLANTAS BULBOSAS Y CEBOLLUDAS.

Las plantas bulbosas y cebolludas que pertene-
cen á diversas familias botánicas sin afinidad ó
parentesco entre sí, constituyen, sin embargo, en
jardinería, por su modo de vegetar y por las par-
ticularidades de su cultivo, un grupo muy ca-
racterizado. Todas en una época del año pier-
den sus tallos, sus hojas y raíces y entran en
un período de reposo completo, que permite
guardarlas en un espacio reducido y traspor-
tarlas económicamente á largas distancias. Cuan-
do en ellas se despierta la vegetación, brotan con
lozanía y vigor y echan á los pocos meses magní-
ficas flores, de las más elegantes y caprichosas
formas, en que la variedad y brillantez de los co-
lores van unidas, casi siempre, á los más delica-
dos y suaves perfumes. Muchas pueden cultivar-
se sin dificultad y con el mayor éxito en tiestos, y
algunas hasta sobre botellas de agua, por cuyo
motivo es lícito considerarlas como *caseras* por ex-
celencia.

Nos proponemos pasar una revista de las más
notables é interesantes, empezando por las espe-
cies que deben plantarse en estos momentos,
y cuyos dibujos podemos ofrecer á nuestros lec-
tores.

AMARYLLIS HÍBRIDAS DE VITATA.—La sección
de las *amaryllideas* suministra á nuestros jardi-
nes un número considerable de plantas de adorno,
desde el modesto *perce neige* (*Galanthus nivalis*),
hasta el orgulloso *amaryllis Josephina*, cuyo tallo
se eleva á tres pies de altura y se cubre de cin-
cuenta á sesenta flores, anchas de 25 centímetros,
de un carmesí muy vivo al interior, y naranja
apurpurado en el exterior; pero las híbridas que
se han obtenido recientemente por la fecundación
artificial de la *Vittata*, con el polen de la *Brasi-
liensis*, de la *pulverulenta* y de algunas otras cla-
ses, gozan de una merecida fama, no sólo por su
belleza, sino también por la facilidad de su culti-
vo y la posibilidad de obtener sus flores durante
los rigores del invierno en estufa caliente.

Nuestro dibujo nos dispensará de describir la



LILIUM AURATUM.



GLADIOLO HÍBRIDA DE GANDAVENSIS.



ANÉMONE FULGENS.

flor en cuanto á su forma, que se ha mejorado mu-
cho sobre el tipo antiguo por hallarse más abierta
y tener los pétalos más anchos, y respecto á los
colores, no sabemos cómo dar una ligera idea de
ellos. El blanco, el amarillo, el encarnado, el car-
mesí, el rojo subido, ya fundidos en delicados ma-
tices, ya separados en muchas fajas que resaltan
unas contra otras, forman un conjunto tal, que
sólo el pincel podría reproducir sus múltiples com-
binaciones.

Son bastantes rústicas para que se puedan plan-
tar en el mismo suelo y resistir los inviernos de
la mayor parte de las provincias de España sin
ningun género de abrigo, y en los restantes bas-
tará una estera ó un poco de paja larga para res-
guardarlos contra los mayores frios. La única
precaución que reclaman es que se elija en el jar-
dín un sitio expuesto al Mediodía, y dispuesto de
manera que no se estanquen en él las aguas de
riego ó lluvia. Debe abonarse con mantillo vege-
tal; el de hojas de árbol bien pasado es el mejor.
Pueden quedarse en el mismo terreno tres ó cua-
tro años seguidos sin que haya necesidad de le-
vantar las cebollas; pero al cabo de este plazo
conviene hacerlo para separar las hijuelas.

También se cultivan en tiestos de seis á siete
pulgadas, y en una mezcla de arena, mantillo ve-
getal, tierra de brezo y una parte de tierra arcil-
losa bien cribada.

Las que se plantan ahora florecen en Mayo ó
Junio; pero conservadas en sus tiestos y coloca-
dos en estufa caliente en Noviembre ó Diciembre,
volverán á florecer en Febrero ó Marzo.

Cuando empiezan á perder sus hojas es preciso
no regarlas hasta que vuelvan á aparecer espon-
táneamente los nuevos brotes.

LILIUM AURATUM.—Esta especie puede consi-
derarse como la más bella de todas las azucenas,
que cuentan tan hermosos representantes en nues-
tros jardines, y de que nos ocuparemos otro día
en un artículo especial. Importada del Japon hace
quince ó veinte años por Von Siebold, el comer-
cio trae cada año de aquel país una cantidad enor-
me de bulbos, sin poder satisfacer todos los pe-
didos.

La flor tiene unos 20 centímetros de diámetro;
es blanca, salpicada de puntos carmesí, con una
ancha faja de amarillo de oro sobre cada uno de
los pétalos. Despide un perfume más suave, más
delicado y más agradable que la azucena blanca
común.

Merece cultivarse en todos los jardines y en to-
dos los balcones de Madrid, en compañía de las
variedades del *Lilium lancifolium*, otra azucena
de gran mérito, y cuya flor, de la misma forma,
blanca, rósea ó purpurina, es también olorosa.

Ambas especies son rústicas y pueden cultivar-
se lo mismo en el suelo que en tiestos.

GLADIOLOS HÍBRIDAS DE GANDAVENSIS.—No
hay planta más hermosa que las nuevas varieda-
des de gladiolos obtenidos por la fecundación ar-
tificial del *Gaudavensis*, por diversas otras espe-
cies, ni de un cultivo tan fácil; prevalecen en to-
dos los terrenos que no sean, ó demasiado com-
pactos, ó demasiado húmedos. Deben ocupar un
sitio distinguido en todos los jardines, grandes ó
pequeños, formando grupos aislados, ó distribui-
dos en medio de las demás flores. Conviene, sobre
todo, para guarnecer los tallos ó troncos desnud-
os de los arbustitos en los macizos ó plataban-
das, como los rosales, los lilas ingertados, las
althéas, etc. Sus espigas cortadas y puestas en agua
acaban de florecer hasta el último capullo, y pro-
ducen el mejor efecto en los ramos y en la decora-
ción de las habitaciones. Los hay de todos los co-
lores, de todos los matices, desde el blanco más
fino y el amarillo hasta el encarnado, el morado y
el carmesí más subido.

Pero debemos confesar que en España no conocemos las más bellas variedades, las que han llegado recientemente al más alto grado de perfección. Por lo general compramos los *desechos* de los semilleros, los que no han sido juzgados dignos de entrar en las colecciones, de llevar el nombre de una bella dama, de un insigne poeta ó de un eminente hombre de Estado, á veces de un soberano. Esos *desechos* adornan admirablemente, es verdad, un *parterre*, porque las flores son siempre vistosas; pero nunca pueden satisfacer al aficionado, que busca la perfección de las formas, la pureza y la novedad de los colores y matices. Para poseer los más bellos gladiolos es preciso comprar una colección de mayor ó menor número de variedades, con sus nombres, como las que van anunciadas en el último número de EL CAMPO. En las mezclas raramente se encuentra una planta perfecta. La diferencia de precio que se advierte entre dos colecciones de un mismo número de variedades, depende más de la novedad que de la belleza de las mismas. Sin embargo, los aficionados deben pensar que las más caras contendrán siempre las variedades de más mérito, pero no hay comparación entre las colecciones aun las más baratas, con las mezclas, *desecho* de los semilleros.

BEGONIA HÍBRIDA TUBERCULOSA.—Este es otro género de plantas que los hábiles jardineros belgas é ingleses han sabido mejorar de una manera extraordinaria por la fecundación artificial ó cruzamiento de cinco ó seis especies botánicas. Las más bellas sin disputa han sido obtenidas en el establecimiento de nuestro buen amigo Luis Van Houtte, de Gante, pero tienen un gran defecto; están todavía muy caras: 5, 10 y 20 francos cada una. Esto se entiende de las novedades, porque las más antiguas, y no siempre ménos bellas, se venden á precios más económicos: una docena con nombres, de 18 á 30 francos, y sin nombres, de 10 á 15. Las hay de flor doble, á 30 ó 40 francos docena, y de flor erguida, esto es, que sale completamente de las hojas, del mismo precio.

Las begonias tuberculosas sustituyen con ventaja á las fuchsias y á los geranios en la ornamentación de los parques y jardines. Resisten bastante bien al sol, por grupos, en las alfombras de césped, sembradas de árboles y arbustos; pero perecerán en un terreno completamente descubierto.

Se plantan en tiestos, debajo de bastidores acristalados y sobre cama caliente en Marzo, y se colocan en los macizos y platabandas á fin de Mayo ó principio de Junio, cuando se han desarrollado sus tallos y no se temen las heladas tardías. Florecen durante todo el verano hasta Octubre.

FRANCESILLAS DE FLOR SEMI-LLENA.—Esta especie es mucho más vigorosa y rústica que las comunes antiguamente conocidas. Sus flores son más grandes y más abundantes; los colores y matices, muy variados. Es muy recomendable y tanto más digna de propagarse cuanto se presenta con el mérito *du bon marché*: francos, 7,50 el ciento en Madrid.

ANÉMONE FULGENS.—Sábese que el género *anémone* encierra gran número de especies que se utilizan en los jardines. Esta es de un gran mérito por la época en que florece: desde Febrero á Abril. Las flores son del encarnado más subido y vivo que se conoce; al sol, deslumbran. Cortadas y puestas en agua se conservan mucho tiempo y resaltan ventajosamente entre las otras flores de la temporada, generalmente pálidas.

La planta es muy rústica, no teme los grandes frios. Prefiere un terreno algo arcilloso, más bien que ligero ó arenoso. Conviene que esté fuertemente abonado de antemano ó que se abone con mantillo bien pasado. Las raíces se plantan en el



BEGONIA TUBERCULOSA.



AMARYLLIS HÍBRIDA DE VITTATA.



FRANCESILLA DE FLOR SEMI-LLENA.

otoño ó en la primavera; pero las últimas plantadas florecen naturalmente más tarde.

ESTANISLAO MALINGRE.

ERRATA.—En el último número de EL CAMPO se ha puesto, por error, *anémone de flor doble* debajo del grabado que representaba la de flor sencilla, y *viceversa*.—También se dijo *patata Mayolín* en vez de *patata Marjolín*. Son faltas inevitables en la premura con que se confeccionan los periódicos aun bimensuales; sin embargo, procuraremos que no vuelva á suceder.

CONFERENCIAS AGRICOLAS

DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Todos los domingos habrá una conferencia agrícola en cada capital de las provincias de España, sobre los temas que fije de antemano la Junta provincial de Agricultura. Los Ingenieros y los funcionarios públicos que cobran sueldo del Estado y puedan por la especialidad de su profesión explicar una conferencia, quedan obligados á este servicio.

(Art. 2.º de la ley de organización de la enseñanza agrícola de 1.º de Agosto de 1876.)

La Dirección general de Instrucción pública, Agricultura é Industria dispuso, en 1.º de Mayo último, que se recopilasen é imprimieran las conferencias Agrícolas dadas en la provincia de Madrid durante el curso de 1866-67.

La órden ha sido ejecutada, y tenemos á la vista un ejemplar del tomo I de la edición oficial que se ha servido remitirnos el Director del ramo.

No vamos á hacer una crítica literaria de este libro. Hay producciones que no deben examinarse desde el punto de vista del arte y hay periódicos que no siempre reciben bien esta clase de artículos. El tomo de Conferencias Agrícolas que estamos hojeando pertenece al género de las primeras, y el periódico para que escribimos, consagrado á los intereses de la Agricultura, la Ganadería y cuanto con ellos tiene, directa ó indirectamente, relación, exige algo más que un juicio sobre condiciones externas, tratándose de una obra hasta cierto punto profesional. Vamos, pues, al fondo del libro.

La ley de enseñanza Agrícola basta por sí sola para despertar en todo espíritu recto muchas y muy serias reflexiones, porque empieza diciéndonos, aunque desgraciadamente no era para ignorado, que la Agricultura española continúa en un período de transición y de lucha contra su propia decadencia, en un período de angustia, porque nada rinde tanto las fuerzas físicas, ó las fuerzas morales, como el sacrificio de emplearlas en dominar la propia desidia.

Los errores de la legislación económica de España, desde fines del siglo XVI, hasta mediados del XVIII, y desde el paréntesis del reinado de Carlos III hasta muy entrado el siglo XIX, fueron la causa determinante y única de la prostración de la Agricultura; justo era, pues, que una legislación nueva, inspirada en las especulaciones de la ciencia, en los consejos de la práctica y en las enseñanzas del pasado, viniera á combatir de una manera vigorosa, la inercia del labrador, haciéndolo entender que sólo la actividad individual, cuando es bien dirigida, cuando tiene por norte la verdad científica y por brújula el estudio y el trabajo, es la que puede resolver todos los problemas de la economía social, entre los cuales no son los ménos esenciales los de la Agricultura y la Ganadería.

Podrá suceder que esta ley no responda de una manera tangible y pronta al pensamiento que la inspiró; pero que éste es grande, generoso y útil, y que es y será siempre un título de gloria para las primeras Cortes de la restauración, no debe ni siquiera discutirse.

Hubo un tiempo en que la labranza era considerada en España como la fuente principal de la prosperidad pública; el interés de los Reyes y el interés de los pueblos se aunaron, con entusiasmo, para mejorar y multiplicar la riqueza agrícola, la forestal y la pecuaria; la nobleza, abandonando sus castillos y estableciéndose en las ciudades, se interesaba generosamente en esta empresa; apenas había un pueblo en que no se levantáran templos, palacios y edificios consagrados á la enseñanza, la administración pública, la piedad ó el arte; las costas del Océano y del Mediterráneo ofrecieron puertos y faros al comercio marítimo; los campos de Castilla y Aragón se surcaron por canales de riego y por vías de comunicación, y el lujo, signo cierto de la riqueza, se difundió en todas las clases, sin que bastaran á detener su potente influjo, ni la sátira de los poetas, ni el espíritu intolerante de las leyes suntuarias. España, al completar su unidad con la conquista del reino de Granada, era realmente, un país próspero y feliz. Su suelo producía los frutos de los climas más opuestos; sus collados estaban cubiertos de viñedos; sus valles y deliciosas vegas hacían gala de la prodigiosa vegetación meridional, y en sus extensos bosques y en sus sierras criaba una ga-

nadería fabulosa por su número y excelente por sus cualidades. «Las llanuras de Madrid,—decía el Embajador veneciano en sus populares viajes—presentan un panorama encantador, por el esmerado cultivo de sus vastos campos, que dan ricas cosechas de trigo y vino y todo lo necesario para la vida» (1). «Los campos de Toledo—añadía Marineo en su *Tratado de Cosas memorables*—excedían á todos los otros distritos de España en la excelencia y fertilidad de su suelo, que, hábilmente regado con las aguas del Tajo y cultivado por doquiera, suministraban toda clase de frutos y productos vegetales.» La raza de los caballos españoles, mejorada por el cruzamiento con la raza árabe, y el ganado lanar, encastado con la raza inglesa, llegaron á ser un elemento de riqueza tan poderoso, que no sólo bastaban para satisfacer las exigencias del uso y del consumo en el interior, mas también, dice el mismo autor, se llevaban en gran abundancia á Francia, á Inglaterra y otras partes (2).

Pero toda aquella grandeza empezó á declinar lentamente en los últimos años del siglo XVI, hasta llegar en la mitad del XVIII á un grado de inacción y de miseria casi inconcebible. Aquí es donde empieza el período de transición y de lucha de nuestra agricultura y de nuestra industria, y donde al fin podemos encontrar dos reyes de la dinastía francesa, Fernando VI y Carlos III, que, ilustrados y amantes de su patria, emprendieron la obra de la regeneración económica, avivando la iniciativa individual, despertando la idea del interés privado dentro del interés público, reorganizando la propiedad por medio de la ley Agraria, enviando comisionados á todos los países para estudiar los adelantos de la Agricultura, expulsando á los Jesuitas y estableciendo, en fin, con más ó menos perfección, la enseñanza agrícola.

Aquellos esfuerzos generosos, aquellos saludables consejos, señalando á los pueblos el único camino del progreso, fueron, desgraciadamente, olvidados durante la dominación de Carlos IV y de Fernando VII; pero al calor de la libertad volvieron á despertarse para emprender nuevamente el camino de la enseñanza y de la reforma. En ellos se inspiraron las primeras Cortes de la Restauración al discutir y votar la ley de 1.º de Agosto de 1876, y en ellos también halló el argumento de su discurso el Rey D. Alfonso XII al inaugurar, en el Paraninfo de la Universidad Central, el 3 de Diciembre del mismo año, las Conferencias agrícolas de la provincia de Madrid, reanudando el curso de aquel poderoso movimiento intelectual, dirigido por hombres como Campománes, Floridablanca, Aranda y Jovellanos» (3), y llamando á aquel Centro á los hombres estudiosos que puedan contribuir, con las ideas de la ciencia ó con las observaciones de la práctica, á la prosperidad del país, por la influencia benéfica que en él pueden ejercer las conferencias agrícolas.

Abiertas, con esta solemnidad, las Conferencias y publicados los temas sobre que debían versar, se apresuraron á inscribir sus nombres en la lista de los que habían de tomar parte en ellas ochenta y un profesores de diferentes escuelas é institutos, por este orden:

Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.....	10
Escuela especial de Ingenieros de Minas.....	15
Escuela especial de Veterinaria.....	10
Escuela Normal Central de primera enseñanza.....	2
Universidad Central.—Instituto de 1.ª clase del Noviciado.....	3
Junta Superior Facultativa de Minería.....	18
Conservatorio de Artes.—Escuela de Comercio, Artes y Oficios.....	9
Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento.....	4
Junta Consultiva de Ingenieros de Montes.....	18
Escuela superior de Ingenieros Agrónomos.....	12

Los temas aprobados para las Conferencias fueron cincuenta y cuatro, y, de éstos, se han tratado ó explicado durante el curso de 1876-77 hasta veinticuatro.

Los Profesores que han dado conferencia, y cuyos nombres no debemos omitir, son los Sres. D. Casildo Azcárate, D. Galo Benito Lopez, D. Miguel Bosch, D. Antonio Botija y Fajardo, D. Francisco de Paula Candau, D. Luis Asaíona, D. Zoilo Espejo, D. Gumersindo Fernandez de la Rosa, D. Manuel María José de Galdo, D. Luis Justo y Villanueva, D. Miguel Lopez Martinez, D. Ramon Llorente y Lázaro, D. Eugenio Meffe, D. Pedro Muñoz Rubio, D. Ramon Pellico, D. Lino Peñuelas, D. Manuel Prieto y Prieto, D. Anselmo Sanchez Tirado, D. Juan Tellez y Vicen, don Santiago de la Villa y Martin y D. Antero Vnirran y Rodriguez.

Las veinte y cuatro conferencias pueden dividirse, en razon de las materias sobre que han versado, en siete grupos, á saber:

De carácter puramente agrícola, explicando el presente y el porvenir de la agricultura española, relaciones entre propietarios y colonos y de unos

y otros con las industrias complementarias ó auxiliares de este ramo, con el crédito, con la Administración pública y demás generalidades importantes.....
De carácter pecuario, examinando el estado de la ganadería caballar, vacuna y de lana, su decadencia y medios de mejorarla.....
De procedimientos y aparatos de cultivo.....
De industrias agrícolas, tales como la fabricación y mejoramiento de los vinos españoles.....
De riegos, su utilidad, aparatos y procedimientos.....
De insectos y animales útiles y dañinos.....
De abonos, materias fertilizantes y sus aplicaciones.....

Los nombres de los Profesores que han dado las conferencias y las materias que en cada una de ellas se han explicado, bastan para reconocer la importancia que aquellas han tenido y la utilidad que podrían reportar á la Agricultura española si los consejos que en ellas se han repetido, y observaciones que se han hecho hubieran sido oídas por más número de personas, ó si, por medio de la prensa, se consigue que estas luces se difundan por ciudades y pueblos rurales.

No estamos completamente de acuerdo con algunas de las ideas que se han expuesto en las Conferencias de Agricultura y de Ganadería; pero no es éste el momento de censurarlas ó cuando menos discutir las, ni lo permiten tampoco las ya excesivas dimensiones de este artículo; pero es posible que lo hagamos en otro, y desde luego no renunciamos á nuestro propósito. Bástanos, por hoy, felicitar á los oradores del brillante curso de 1876-77 (de los cuales ya no existe nuestro malogrado y querido amigo, el sabio ingeniero D. Lino Peñuelas, á cuya memoria tributamos un recuerdo de dolor), y desear, como deseamos, que no decaiga ni se entibie el espíritu de reforma y de enseñanza de que todos se sienten animados; porque cuando la agricultura—decía el memorable Passy—revela pobreza y decadencia, es porque existen obstáculos que detienen el desarrollo de la inteligencia y de la actividad humana; y por el contrario, cuando se halla floreciente y próspera es porque el conjunto de las fuerzas y de las circunstancias sociales es favorable al progreso general de las luces y del bienestar de los pueblos.»

FRANCISCO CALVO MUÑOZ.

CONSERVACION DEL MAÍZ

Y OTROS FORRAJES VERDES EN SILO.

Señor D. J. C.—Zamora.

Muy señor mío: Contestaré á su atenta carta de usted, fecha 27 del último pasado, en las columnas de EL CAMPO, porque varios suscritores me han hecho las mismas observaciones que usted, y estas líneas les servirán al mismo tiempo de respuesta.

La remolacha no ofrece, en los países del Mediodía, tantas ventajas como el maíz ensilado para la cría y ceba de los animales domésticos, por dos razones: 1.ª, porque la remolacha no da nunca una cantidad de alimentos tan considerable en una superficie de terreno determinada; 2.ª, porque no se pueden aprovechar sus raíces durante tanto tiempo. Usted mismo confiesa que en sus ensayos verificados con todo esmero, 800 kilos de abonos químicos, en que figuran nada menos que 300 kilos de nitrato de potasa, y riego abundante, no obtuvo 40.000 kilos en hectárea; pues con menos gasto puede usted obtener 15.000 kilos de maíz verde, y la mayor riqueza alimenticia de la remolacha no compensa tan enorme diferencia en el peso. Además la tierra se cansa rápidamente de la remolacha, aunque se la abone mucho, mientras el maíz puede volver indefinidamente en el mismo sitio si se le abona convenientemente. Debe entenderse el maíz verde para forraje, porque cuando llega á granar, equilibra el suelo como lo hace todo cereal. Por otra parte, la remolacha no se puede aprovechar sino desde fin de Octubre hasta fin de Marzo; esto es, durante cinco meses escasos, á menos que se establezca una fábrica de azúcar ó una destilería, en cuyo caso se aprovecha la pulpa, durante todo el año, conservándola en silo. Pero entonces la fabricación del azúcar ó del alcohol viene á ser la especulación principal, y el cebo una operación secundaria. No se halla V. en este caso. Por el contrario, es fácil en esa region obtener el maíz bastante crecido para darle como forraje á las bestias desde Julio, adoptando las variedades tempranas, y al propio tiempo conservar en silo, hasta la misma época, los grandes maíces más tardíos. De manera que la cría y el cebo de los animales descansan exclusivamente sobre una sola planta, que puede volver indefinidamente sobre el mismo terreno. Esto último lo acredita la experiencia: en el Mediodía de Francia existe siempre, cerca de cada granja de labor, una suerte de tierra que da invariablemente, desde hace siglos, cada año una cosecha de trébol encarnado y otra de maíz. Este trébol, anual, que no ha de confundirse

con el comun, es también una planta que debe introducirse en España, ó propagarse si ya está introducida; pero en su defecto, siempre puede obtenerse, antes de sembrar los maíces, una cosecha de centeno, cebada ó avena verde, que aumenta en 15 ó 20.000 kilos la producción de forraje en hectárea.

Cuarenta kilos de maíz fresco, ó 30 de maíz bien conservado en silo, bastan para mantener en buen estado una vaca de leche ó un buey, de 450 á 500 kilos. Sin embargo, si la producción de la leche es considerable, pasando de 12 á 15 litros, debe adicionarse dicha ración con cierta cantidad de remolachas, zanahorias, ó mejor de chirivías, que nunca pueden recomendarse bastante donde se dan bien para las vacas, bueyes, caballos, cerdos y ovejas, y faltando esas raíces, con salvado ó granos molidos groseramente. También cuando se quiere cebar completamente los bueyes, se añade progresivamente á la ración de dos á seis kilos de orujo de cacahuete ó de palmista, productos sumamente baratos, y que no comerían los animales si no fuesen mezclados con el maíz. Sus precios están en este momento, en Marsella, de ocho á diez francos los 100 kilos, según calidad.

En el cebo de los bueyes la ganancia procede de dos causas distintas: el peso del animal aumenta, la calidad mejora y el precio del kilogramo sube. En algunas experiencias que hizo M. Goffart, y que van detalladas en su *Manual*, que he tenido el gusto de remitirle á usted, el maíz ha sido pagado á cuarenta y cinco francos los 1.000 kilos, produciendo el enorme valor de cuatro mil quinientos francos en bruto por hectárea. Pero en España habrá algo que rebajar, porque la calidad de la carne no se estima tanto.

Las ovejas y los carneros aprovechan también mucho el maíz fresco y el ensilado; pero no tengo datos sobre experiencias positivas, si bien puedo afirmar que la ración debe siempre calcularse á razon de ocho y seis kilos respectivamente por 100 kilos de peso de los animales ó algo más. Para los cerdos es bueno cocer el maíz y adicionarlo con otros alimentos más ricos en proteína; la chirivía es excelente, sobre todo cocida.

El maíz fresco ó ensilado es demasiado acuoso para los caballos; además, como al extraerse del silo siempre se desarrolla un principio de fermentación y se forma una pequeña cantidad de alcohol, dicen algunos que el maíz ensilado excita estos animales y los pone algo locos.

Todos los forrajes verdes pueden ensilarse como el maíz, el sorgo, la cebada, el centeno, la avena, la alfalfa, etc.; pero á la condición de picarse á un centímetro de largo y no más, y de cargarse con un peso de 450 á 500 kilogramos por metro cuadrado. Sin este doble requisito la masa entra en fermentación, se calienta y se pierde en parto.

Algunos suponen que la conservación de los forrajes verdes en silo ocasionan gastos de consideración. Es indudable que hay que comprar un corta-paja ó corta-forraje, cuyo precio varía entre 400 y 800 francos, y una máquina de vapor locomotiva, de cinco á seis caballos, de 5.000 á 6.000 francos, y también construir unos silos que pueden estimarse á siete ó ocho francos ó pesetas por metro cúbico útil; pero aquellas máquinas son indispensables en toda explotación rural de alguna importancia donde se quiere trabajar con economía é inteligencia: aun sin ensilar los forrajes, de cualquiera naturaleza que sean, verdes ó frescos, resulta una gran ventaja de picarlos, así como de quebrantar los granos del pienso. Por poco que se proceda en cierta escala, el importe de las máquinas se halla reembolsado en el primer año.

Descartados los gastos de primer establecimiento, la operación sale muy barata; la siega, el transporte, la picadura y el ensilaje del maíz, cuestan, en Burtin, un franco por mil kilos. La desecación de las hierbas para reducir las á heno cuesta más que la picadura, porque lo que es de segar, transportar y almacenar, hay siempre que hacerlo. Además, los grandes gramíneas, como el maíz, el sorgo, la teosinta, etc., no se prestan bien á la desecación, de manera que de no ensilarlas tenemos que renunciar á su conservación. Debo añadir que la reducción de las hierbas á heno les hace perder el 50 por 100 de su valor alimenticio; por el contrario, ganan en el silo. Naturalmente hablo de operaciones bien hechas, y no de esos ensayos que han sido algun tanto desgraciados por no haberse observado exactamente las reglas dictadas por M. Goffart.

La posibilidad de conservar en silo el maíz y los demás forrajes en estado fresco, durante seis, ocho ó diez meses, con iguales ó mayores cualidades alimenticias que las que tienen en el mismo campo, viene á modificar por completo las condiciones económicas de la cría y cebo del ganado vacuno, lanar y de cerda. Para los propietarios que, como usted, poseen cierto número de hectáreas de regadío, la especulación se convierte en una operación más cierta y más segura que cualquiera otra de la industria propiamente dicha, porque la venta de los productos alimenticios nunca falta, como, por ejemplo, la de los tejidos de lana ó algodón. Una vez que tendrá usted uno, dos ó diez millones de maíz bien ensilado, podrá usted convertirlos en carne, le-

(1) NAVAGIERO: Viaggio, folio 78.

(2) MARINEO: Historia del lago, tomo I, pág. 170.

(3) Discurso de S. M. en la solemne apertura de las Conferencias.

che, manteca, queso ó lana en las mejores condiciones posibles, aprovechando las oscilaciones del mercado. Para consumir lo que sobrará á los animales de la granja, esperará usted para comprar otros, que el precio de los mismos baje por un motivo ú otro, y para vender que vuelva á subir, porque tendrá la facultad de guardar esas *conservas* todo el tiempo que cuadre mejor á sus cálculos.

Las cosas pasan de otro modo con los procedimientos comunes: en algunas temporadas las hierbas abundan y se derrochan; en algunas otras escasean, los animales padecen y desmejoran. El labrador más hábil no logra nunca producir exactamente la cantidad de alimentos que necesitarán sus bestias, ó por hablar con más propiedad, poseer de antemano el número de cabezas para consumir la cantidad que el cielo le enviará, pues ésta depende del tiempo que hará. Para tener bastante tiene que producir demasiado. Cuando el año es bueno, si quiere comprar más ganado, debe pagarlo caro, porque todos los demás labradores se hallan en el mismo caso; por la misma razón debe vender barato si ha mal calculado y no puede alimentar todas las cabezas que ha guardado. Siempre resulta un perjuicio ó una pérdida. Con el maíz ensilado domina, por el contrario, y hace provechosas todas las oscilaciones del mercado.

Sin embargo de todo esto, no le daré á usted el consejo de empezar por una operación en grande escala. Me parece mucho sembrar desde luego diez ó doce hectáreas de maíz. Admitiendo tan sólo una producción de 100.000 kilos, por hectárea, tendría usted una existencia de 1.000.000 á 1.200.000 kilos, que exigirían seis silos de las dimensiones de los de M. Goffart; se emplearían unos veinte días para recoger y ensilar la cosecha, y para consumir esa cantidad de alimentos debería usted tener cien vacas ó bueyes durante un año, ó doscientos durante seis meses, ó cuatrocientos durante tres meses. Por poco que usted añada al maíz, paja y otros productos secundarios de la granja, el número de cabezas debería aumentar en un 50 por 100. No residiendo usted en la hacienda y debiendo fiarse á los criados, que no siempre corresponden á los deseos del amo, puede ser la operación en esa escala por primera vez algo arriesgada. Por lo demás, usted conoce mejor que yo los elementos que le rodean, y por consiguiente, es mejor juez de lo que conviene á sus intereses. Mi único papel debe limitarse á demostrarle que la cría y el cebo de los animales domésticos son más ventajosos con el maíz ensilado que con la remolacha, á menos que se establezca una fábrica de azúcar ó una destilería, en cuyo caso será forzoso utilizar las pulpas.

El maíz *Caragua* ó *dent de cheval*, que es el que debe emplearse, vale en Francia unos treinta francos los 100 kilos. Para forraje se siembran de 120 á 150 kilos por hectárea, á veces 200 kilos. Con una sembradora mecánica, ó en líneas á mano, bastan de 70 á 100 kilos.

Creo con esto haber contestado á todos los extremos de su carta, y aprovecho la ocasión para ofrecerme de usted afectísimo y atento servidor, que B. S. M.,

E. M.

CAFÉ INDÍGENA.

Hemos remitido las semillas del *café indígena* que habíamos ofrecido á nuestros lectores que las pidiesen. Les daremos hoy una breve instrucción para su cultivo, ó mejor dicho, acerca de los varios ensayos que deben intentar para llegar á la producción más económica de la preciosa semilla, pues hasta ahora sabemos poco sobre el particular.

Segun todas las probabilidades, la mejor época de la siembra en muchas provincias será el otoño, en Octubre ó Noviembre; pero como no conocemos exactamente su resistencia á las heladas, debemos empezar por hacer varias siembras en la primavera; por ejemplo, del 1.º al 15 de Marzo, del 1.º al 15 de Abril, y del 1.º de Mayo al 15 de Mayo. Nuestros suscritores harán bien, por consiguiente, de dividir en tres lotes la pequeña cantidad de semilla que les hemos ofrecido y de no sembrar todo á la vez. De este modo ellos mismos averiguarán la mejor época de sembrar para los años siguientes.

El terreno debe ser, en cuanto se pueda, ligero, aunque sustancioso y profundamente cavado. No conviene emplear estiércol nuevo de cuadra ó establo, sino mantillo bien consumido. Lo mejor sería seguramente que el terreno haya sido abonado fuertemente el año último pasado.

Como se trata de una leguminosa, es preciso elegir un sitio que no haya recibido en los últimos años habas, guisantes, judías ú otras plantas de la misma familia. Los canteros que hubiesen llevado cardos, apios, coles ó coliflores, tomates, pimientos, lechugas, escarola, etc., deben preferirse.

Preparado convenientemente el terreno, como se acostumbra en cada localidad, las semillas se depositan con la mano á 50 centímetros una de otra en todos los sentidos, y á la misma profundidad que las judías; esto muy poco,

y especialmente si el suelo es algo húmedo. Pueden depositarse varias semillas en un mismo golpe, pero en cuanto habrán nacido se dejará una sola planta, la más vigorosa. Los cotiledones se dejan ver ordinariamente á los ocho ó diez días, segun la temperatura del aire. Se escardará y binará con frecuencia á fin de conservar el terreno muy limpio de hierbas parásitas y la superficie bien mullida.

El *astragalus Boticus*, aún tierno y joven, resiste bien á la sequía; pero como todas las plantas, se desarrolla con más lozanía y vigor cuando se le riega á la vez con cordura y abundancia. Creemos que nuestros suscritores se encontrarán bien aplicando los riegos, como lo hacen á las judías; esto es, poca agua al nacer la planta, y más cuando se ha desarrollado.

El tallo del *astragalus Boticus* se eleva de 40 á 60 centímetros de altura, segun la calidad del terreno, y desarrolla ramas secundarias que ocupan un espacio próximamente de un radio de 50 centímetros. Las primeras flores aparecen á los cuarenta ó cincuenta días.

M. Goncet de Mas dice que habiendo sembrado en Marzo algunas semillas en tiestos, las plantas llevaban ya otras semillas maduras en Junio, las cuales, sembradas en el acto, dieron plantas que en Agosto se cubrieron de flores. Sin embargo, se necesitan cuatro meses para obtener la cosecha máxima. Este plazo debe guiar á los cultivadores para determinar la época de las últimas siembras. En algunas comarcas no deberán hacerse hasta pasado Junio; en otras podrán continuar durante todo Julio.

La planta lleva flores y vainas. Estas deben recogerse á medida que maduran, porque de otro modo se abren y dejan caer al suelo los granos, que se hallan por lo común á razón de nueve á doce en cada una de aquellas.

El Sr. Gasparinetti, el vulgarizador de la especie en Italia, pretende que cada planta produce unas 280 á 340 vainas, dando por término medio 2.700 granos, pesando juntos 85 gramos, de manera, que á razón de 40.000 plantas por hectárea, el rendimiento debe elevarse próximamente á 3.000 kilos. Pero M. Goncet de Mas sospecha alguna exageración en esos cálculos, y cree que la cosecha no pasará mucho de 1.500 kilos. Por lo demás, el resultado dependerá en gran parte de la calidad del terreno y de los cuidados que se darán á las plantas. Puede ser que algunos se acerquen ó rebasen la cantidad indicada por el Sr. Gasparinetti, y otros no alcancen la indicada por el ilustrado catadrático de la Universidad de Padua, y sobre todo, al iniciar un cultivo cuyas particularidades desconocemos. Únicamente las personas que han intentado la aclimatación de algunos vegetales nuevos saben la suma de ensayos y experiencias que es preciso hacer, y la importancia de algunos pormenores, al parecer insignificantes, para determinar el cultivo propio de cada especie. Por consiguiente, un medio éxito, ni aún un fracaso completo si fuera posible, que no lo creemos, no debería desalentar los primeros experimentadores.

Por lo demás, como hemos remitido la simiente á más de cincuenta suscritores que habitan varias regiones de la Península, y que cada uno aplicará las incompletas instrucciones que hemos podido suministrarles, con las variantes que le dictara el conocimiento de las circunstancias climatológicas en que se halla, esperamos de su amabilidad que nos favorecerán con sus observaciones, y nos ayudarán á fijar reglas más exactas y precisas para el año próximo venidero, si es que la planta responde á la fama de que vuelve acompañada desde Italia.

E. M.

FANTASEOS DE LA AGRICULTURA DE EBN EL AVRAM.

I.

Achaque fué de los antiguos escritores, del que no se libraron ni los más discretos, mezclar en sus obras con los asuntos más serios estupendas maravillas, cediendo en esto á la corriente de su época. Achaque común fué en que incurrieron los escritores de las dos creencias que por ocho siglos se disputaron el predominio en nuestro suelo. Aunque distinguiéndose siempre por un sabor especial originario las de cada pueblo, la supersticiosa fantasía de las razas orientales llevó, sin embargo, más allá la exageración en este terreno.

No podía, pues, menos la obra del Avram, de rendir el necesario tributo á las creencias y las tradiciones de que arrancaba su origen. ¿Crea éste las supersticiones que estampó? Creemos que no le inspiraban una profunda confianza, pero que no hubiera podido prescindir de ellas sin que su libro estuviera fuera de carácter y en abierta oposición con la sociedad árabe.

A fin de no atraer sobre el libro torcidos juicios y no aparecer quizá en contradicción con nosotros mismos, antes de exponer algunas de sus supersticiones, consignaremos lo que sobre este particular dice el mismo traductor:

«Por estas prácticas vanas ó supersticiosas no se debe desacreditar el juicio y crítica de nuestro autor, y mucho menos á los árabes en general (como lo han hecho y lo hacen algunos), pues vemos que de esta misma fábula hicieron uso, no sólo los autores griegos, sino también Columela en los poemas de los huertos, y Alonso de Herrera en su *Agricultura general*.» Añade en varios lugares que suprima algunas prácticas por supersticiosas ó vanas; muchas se le han deslizado, sin embargo, que no sería posible repetir. Entre lo no suprimido, vamos á ofrecer á la curiosidad de nuestros lectores aquello que más puede excitarla, si no por la esencia de la cosa, por la especialidad del estilo.

II.

Susado, citado en la *Agricultura Nabatea*, dice: «Que si se pone un cuartillo de garbanzos de noche á la luna cuando está en creciente, y alzados luego por la mañana antes de nacer el sol, se tienen después á remojo dos horas en agua dulce, y con la misma se cuecen hasta enternecerse, tienen la virtud de que, comidos calientes ó fríos, alegran al que los comiere, divierten el ánimo, hacen olvidar los cuidados, fortalecen el corazón y apartan los pensamientos sombríos.»

Algo pudiéramos decir para la historia de otro plato nacional, el arroz con leche; pero nos contentaremos con este curioso dato para la del cocido español, que da una luz sobre el motivo del buen humor de los que nacen en la que se ha dado en llamar tierra del garbanzo.

«Con el zumo de las ramas verdes de mirto, dice, se hace un colirio, que al que lo usa con frecuencia, se le tornan los ojos de garza: en negros.» Nuestras caprichosas bellas no han debido tropezar con tan curiosa receta, por lo que se ven tímidamente estacionadas al borde del insondable lago de sus pupilas: no han logrado ir más allá de sus perfilados párpados.

Si al durazno se le cayere el fruto antes de madurar, cuélguense de sus ramas cualesquier huesos, como de canilla, con los de cabeza de perro, y lo mejor es colgarle una esquila con esta inscripción: *Dios es el sostenedor de los cielos y la tierra. Y por cuanto faltarian si otro después los sostuviese, se añadirá en ella: Y sostiene de tal suerte el cielo, que no se desplomará sin su permiso, pues es clemente y misericordioso con los hombres. De esto lo más curioso es la alternativa.*

El peral se fecunda con el oro, introduciéndole al tiempo de florecer un poco del puro y legítimo en la hendidura, que atravesada, ha de hacerse en su pie. Esta, como operación dentífrica, parece acusar cierta vanidad en el cáliz de las flores. También dice que al árbol no fructificante se le amenaza con la corta, y que dando en él blandos golpes, diga quien lo ejecutara como hablando con él: *Voy á cortarte, puesto que no me fructificas; y que interceda por él otra persona, diciendo: Déjale, que en adelante fructificará, y que dejándole lo ejecutará así, mediante Dios.*

Segun la *Agricultura Nabatea*, el árbol fructificante un año si y otro no, se le corrige este defecto si yendo dos hombres, y puesto el uno de ellos debajo de él ó de la palma con segur ó igual herramienta en la mano, y diciendo: *Voy á cortarle. Pregunte el otro: ¿Por qué lo ejecutas? Y respondiéndole: Porque no fructifica. Replique el último: Salgo por su fiador que dará fruto este año, y si así no lo ejecutare, harás después de él lo que te pareciere.*

Bajo este singular diálogo creése que acaso se contiene la práctica comúnmente recibida entre los antiguos de hacer á los árboles que por plenitud de jugo fructifican poco ó nada, ligeras incisiones equivalentes á sangrías, para evacuar por este medio la demasia ó vicio del jugo que impide su fructificación.

Que el plantador de vides no tenga escrúpulos, y que tampoco ejecute estas plantaciones quien se hubiere sangrado del brazo ó recibido ventosas aquel día, y el que fuese tuerto no es propósito para ello. También, dice, que encomendando el cultivo y régimen á varón honesto, puro, libre de deshonestidades y costumbres corrompidas, cargará por esto de mucho y abundante fruto, y que si el dueño estuviese alegre y contento con el que Dios le diese, por esto mismo le será propicio, y que no se acerque, al plantarlas, mujer impura ni varón con impureza legal, respecto á que cargaría de poco y menudo fruto. No sabemos lo que entenderían ellos por varón honesto; en cuanto á mujer impura entiéndase que hemos mistificado la palabra.

«Entré, dice Aben-Abas, en casa de N. estando comiendo membrillos, y me dijo:—Come de esto, Aben-Abas, que es cosa que purifica el corazón. Cuidad, pues, de esta fruta, pues ella retira las tinieblas y oscuridad del ánimo.» «Al que comiere membrillos, dice Abu-Abdalla, desata Dios su lengua por el discurso de cuarenta mañanas.»

Mohomad ha dicho: «Así me deleita la albahaca como si mirase á la que se cría en el paraíso.» Hoy Mahomad pasaría por hombre de muy vulgar olfato si tal se atreviera á sostener.

Aquí, por temor de que resulte el artículo recargado, hacemos alto, reconociendo que en justicia debemos firmarlo por el difunto Ebn el Avram.

LUIS OVALLE.

ECOS DE PARÍS.

Sin la aparición de *Yedda* en la Opera, nuevo baile de Mr. O. Metra, el París mundano no hubiera tenido estos días una ocasión de reunirse y lucir la *toilette*. Los salones continúan aún cerrados, y es preciso el pretexto de un contrato de boda o aniversario de familia para abrirlos. El jueves era el 50.º aniversario del nacimiento del Rey de Suecia, y con este motivo dieron sus representantes en ésta una gran comida seguida de recepción.

La muerte del príncipe Enrique de los Países Bajos, hermano del Rey, acaecida á los pocos meses de su matrimonio con la Princesa de Rusia, impide las fiestas que se preparaban en honor de la unión del rey Guillermo III con la Princesa de Waldeck, las que se celebrarán pasados los tres meses de luto.

Entonces podrá lucir la joven Reina de Holanda las preciosas *toilettes* de su *trousseau*. Entre ellas citará un vestido de corte, de satin blanco adornado con delantal de volantes de encajes y plata, y manto de terciopelo anaranjado, bordado de plata; otro vestido de satin y terciopelo rosa, de China, bordado por delante de azabache blanco; otro de faya azul con túnica de punto de Inglaterra; otro de satin granate con cola, cuerpo cuadrado abierto, con bordados de plata oxidada y oro. La nueva Reina sólo tiene veintiún años, y su gracia juvenil se presta maravillosamente á estos adornos.

Entre los magníficos regalos que ha recibido, merecen mencionarse una diadema de perlas y brillantes, un brazalete de cuatro aros alternando los diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas; un aderezo de esmeraldas y diamantes, un collar con nueve hilos de perlas, con broche formado por un zafiro de gran tamaño rodeado de diamantes.

¡Adios, patines, ya no habrá más resbalones! Ya no se patina en París más que en el Skating de la rue Blanche, y no se verán más trineos que los del Circo de invierno en la nueva pantomima *Fête sur la glace*. El deshielo convierte por todos lados en negro fango la blanca y poética nieve; pero estas últimas nieves han demostrado á los parisienses la necesidad de tener un trineo en sus cocheras. Si Mr. Franconi quiere vender después del éxito completo de su pantomima los trineos que figuran en ella, encontrará compradores al momento, pues son muy lindos y de una curiosa novedad de forma y arreos. No se ha visto estos días en los Champs Elysées nada tan elegante y pintoresco. Hay uno de tres *poney*s con asiento delante, otro en que el conductor va de pie apoyado contra una barra, como en los carros antiguos, y otro que representa una cepa de viña, que parece el tren de alguna divinidad mágica; tan raro y fantástico es. Sólo por verlos se debe ir al Circo de invierno. En una de las últimas noches, por cierto, que el público era de los más escogidos, me contaron de un matrimonio elegante que ocupaba un palco, que el regalo de primero de año que había hecho el marido á su bella esposa había sido un corsé con los ojitos y herreros de brillantes. También vi allí á la Baronesa de C., que llevaba un abanico en el que estaban pintados por mano maestra los retratos de sus hijos. Esta moda creo irá adelante y los abanicos-retratos harán furor.

La gran ocupación de los parisienses esta semana ha sido el sorteo de la gran lotería: el primer premio de 125.000 pesetas le ha tocado á un obrero cargado de familia, honrado y trabajador. La hija del Ministro de Agricultura ha sacado un piano; una actriz ha obtenido una locomotora, y se habla con variedad de los afortunados poseedores de los otros premios. Un gentío inmenso ha acudido todos los días á presenciar el sorteo, que aún durará unos cuantos más. No se dice de ninguna personalidad conocida en el gran mundo que haya sido favorecida por la suerte; sólo del Director de la Renaissance, que ha ganado dos lotes que valen unos cuatro mil duros.

El primer baile de máscaras de la Opera ha estado muy frío y todos quedaron sin ganas de volver. Parecía que no había nadie, y estaba lleno de gente; parecía oscuro, y era imposible prodigar más el gas; parecía que no había orquesta, y ésta era muy numerosa, ha tenido un no sé qué que ha desagradado. El sábado 22 es el segundo; veremos si está más animado.

Samuel Brohl, comedia en cinco actos de Meilhac, sacada de la novela de V. Cherbulier y estrenada en el Odeon, no ha hecho el efecto que esperaba siendo obra de tales autores. El exorno y ejecución muy buenos, con gran propiedad, pero la obra en sí ha satisfecho mucho.

Los turistas se ocupan en estos días, que con motivo de las carreras en Auteuil han acudido *sportsman* de todas las provincias, de un dibujo muy original y curioso de un

artista que ha consagrado su lápiz á los hombres y cosas del sport. Mr. G. Arnulf, dibujo llamado la *Revista del Turf* en 1877. Todos se disputan las fotografías de esta obra artística, en que la gracia no excluye el parecido perfecto de los personajes que en ella figuran.

Hace tiempo que en Francia algunos hombres de iniciativa han tratado de sacar partido de los periódicos, imprimiéndolos sobre telas que podían servir luego como servilletas, manteles, etc. Los americanos, gente práctica por excelencia, han realizado la idea, segun leemos en un periódico.

Una nueva Empresa literaria acaba de establecerse en América, y en razón de lo absurdo de la idea, merece ser señalada á la atención pública.

Un periódico cotidiano acaba de aparecer con el título de *El Pañuelo de bolsillo*. Está impreso en tela, y además del alimento intelectual que proporciona á sus lectores, puede llenar el objeto indicado en su título. Esta original Empresa ha tenido tanto éxito, que otro americano no ménos listo ha imaginado crear otro periódico llamado *La Corbata*, que será impreso en seda con letras de oro.

Niza y Mónaco están este año concurridas y animadas como nunca con el estreno del nuevo teatro, construido por el arquitecto que hizo el de la Nueva Opera en París, y donde han cantado y representado los mejores artistas, y con el Tiro de pichon, concurridísimo por los primeros tiradores de Europa.

Noches pasadas ocurrió un incidente muy divertido en la sala de treinta y cuarenta de Mónaco. Entre nueve y diez, se sentó en una mesa una joven inglesa, por cierto muy linda, que salía de comer, en ese estado que vulgarmente se llama entre dos luces, y durante media hora, estuvo adivinando todas las jugadas, anunciando, sin equivocarse nunca, negro, colorado, color, contra; lo que permitió á muchos que siguieron sus anuncios desquitarse de lo perdido y ganar á la banca buenos pesos.

Este es el caso de decir *¡in vino veritas!*

Diálogo entre dos padres, que celebraban los primores de sus hijas:

— Mi hija me ha bordado un cojín, verdaderamente maravilloso; están las flores tan naturales, que parece se huelen las rosas y violetas.

— Eso no es nada, responde otro; también mi hija me ha regalado un cojín bordado por ella, en que hay una guirnalda de rosas y violetas entrelazadas, y cuando me senté sobre él por primera vez, me clavé las espinas atrozmente!

Un amigo mio lo era hacia tiempo del Conde B. y de la Señora B., que estaban en relaciones y próximos á casarse. Y como hiciera todo lo posible por evitarlo, no retrocediendo ni aún ante una calumnia, me admiré de su conducta y se lo hice presente.

— ¿Qué quieres? me contestó ingenuamente; actualmente como un día por semana en casa de cada uno de ellos, y si se casan, pierdo un convite... ¡Ya ves!

NEDOC.

NOTICIAS GENERALES.

Léase lo siguiente en una Revista agrícola extranjera:

« El problema de los merinos como productores de lana y de carne ha sido al fin resuelto por dos criadores franceses de primera nota. Los Sres. Gamot de Genouilly (Sena y Maine) y Noblet, Chateau Renard (Loiret), no procediendo como lo han verificado otros por medio de cruzamiento, el que lejos de mejorar las razas las perjudica, muchas veces haciendo absorber la cruzada por la cruzadora, sino por la selección absoluta ó consanguinidad inmediata: han realizado el pensamiento de Baudemont, « el reposo en medio de la abundancia » y han obtenido la raza merina mejorada de tal suerte, que como productora de lana no se le conoce rival, y como productora de carne puede luchar ventajosamente con la de Dishley, y más principalmente con Southdown, este prototipo de precocidad y de superioridad en este importante artículo. Lana magnífica, carne de primera calidad, todo con una precocidad igual á la de los mejores carneros ingleses considerados como los mejores del mundo: hé aquí una raza de ganado de que puede hoy Francia disponer y ostentar como un título de gloria. »

En la Opera.

Un inglés, al ver á la prima-donna que entra en escena, se acerca á su vecino, y le dice:

— ¡Oh, hermosa mujer, muy hermosa! ¿Es juiciosa?

— No sé, caballero.

Poco después, canta la contralto, y al verla:

— ¡Oh, hermosa voz, buena actriz! ¿Es juiciosa? dice el inglés á su vecino, que aburrido, no responde.

Después entra el tenor, al que el inglés aplaude, y repite:

— ¡Aoh! buena voz, buen actor...

— ¡Pero no es juiciosa! contesta su vecino.

Una señora de edad decía á un disecador de pájaros:

— Vea V. lo que me pasa; V. disecó mi pobre cotorrita el verano pasado y ya se le están cayendo las plumas.

— Pues vea V., señora, eso es el triunfo del arte. Lo

hago tan bien, de un modo tan natural, que mudan las plumas como cuando estaban vivos!

Una señora que ajustaba á una doncella, le dice:

— Creo que puede V. convenirme; pero antes de tomarla á mi servicio, deseo saber si tiene novio.

— Actualmente, señora, respondió con candidez la joven, no tengo; pero no desespere de tener uno pronto.

Un oficial del ejército de Bengala tenía un elefante favorito, al que hacía dar en su presencia todos los días cierta cantidad de comida. Habiendo tenido que ausentarse por una temporada, el criado encargado de cuidar el animal, disminuyó cada día la cantidad de alimento que le daba, y el elefante adelgazó y se debilitó visiblemente. Cuando volvió el oficial, el animal manifestó su alegría, y cuando llegó la hora de la comida, el criado le sirvió, delante del amo, la comida que tenía costumbre de darle ántes de su marcha. El elefante hizo en seguida dos partes de su pitanza, se comió una y no tocó á la otra. El oficial, que conocía la sagacidad de su favorito, comprendió en seguida el fraude que el criado cometía durante su ausencia, y le obligó á confesar su falta.

Un retirado contaba la historia de sus campañas:

— En esta famosa batalla, decía, perdimos á nuestro valiente capitán: se le llevó la cabeza una bala de canon, y hé aquí sus últimas palabras:

« Enterradme en el sitio en que he caído. »

Una madre dice á su nene que tiene en los brazos:

— Vamos, Gustavo, es preciso que comas la sopa.

El chico. — No puedo.

La madre. — Se puede todo lo que se quiere.

El chico. — Y bien, puesto que yo no quiero...

Un joven rico que deseaba casarse, estaba dudoso entre las jóvenes que había visto, y para decidirse las invitó á todas á ir á su casa para admirar las flores de la estufa, y colocó con intención una escoba atravesada en la puerta. Conforme iban llegando las jóvenes, unas saltaban por cima de la escoba, otras le daban con el pie. Una de ellas se agachó, cogió la escoba y la puso de pie en un rincón. Esto hizo que el joven se decidiese por ella y la hiciese su esposa, y fué una excelente ama de casa.

En América se presentó ante un juez la viuda de un maquinista, que había sido víctima de un accidente del camino de hierro, y obtiene un fallo condenando á la Compañía del camino de hierro á pagarle 5.000 dollars, mientras hacía pocos días el mismo juez había acordado una indemnización de 15.000 dollars á un hombre que en el mismo accidente había perdido una pierna.

Disgustada con esto le dice al juez:

— ¿Por qué 15.000 dollars por una pierna? ¿Vale una pierna tres veces más que un hombre completo?

El juez le contestó:

— La decisión es muy equitativa. El hombre que actualmente no tiene más que una pierna, no podrá procurarse otra ni aún con los 15.000 dollars, mientras que una viuda que posee 5.000 dollars, encuentra muy fácilmente un marido, no sólo tan bueno como nuevo, sino á veces mejor que el primero.

Entre las pocas cosas de la isla de Chipre dignas de recomendación, se cuentan 10.000 mulas, que se consideran las más hermosas y recias de Levante, habiendo desempeñado buen servicio de acémilas en todas las operaciones militares de los últimos tiempos en Oriente. Hay además 45.000 asnos, y unos 4.000 caballos de fea estampa, aunque fuertes, muy poco ganado de asta, pero abundan las ovejas.

La cría caballar ha tomado grandes proporciones últimamente en las extensas é incultas llanuras del Oeste de los Estados Unidos. Algunos de los criadores del valle del Yellowstone ya cuentan con 500 y 1.500 cabezas, y están haciendo fortuna con la venta de potros de tres años, á razón de 50 y hasta 100 pesos fuertes uno, segun estampa. No hay gastos de maíz, avena, ni granza, tampoco de caballerizas, pues bastan los pastos naturales y rudos cobertizos para criar caballos fuertes, sanos y rollizos. Con todo, el negocio no deja de ser laborioso y lleno de peligros, siendo así que á veces se pierde una manada en una noche de resultados de un espanto ó de una incursión de los indios.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Fiestas.—Bailes de trajes.—En el hotel de los Duques de la Torre.—Baile en casa de los Marqueses de la Romana.—El chocolate.—En casa de los señores de Baller.—Fiesta literaria en el palacio Cervellon.—Una nueva joya artística.—Baile de los Duques de Santoña.—Epilogo.

Yo no sé si como espinas entre las hojas que adornan el tallo de la rosa, habrá lágrimas entre sonrisas, sombras entre tanta luz, tristeza en medio de la alegría: si no es así, Madrid es en estos momentos la población más feliz, más dichosa y más divertida que puede imaginarse.

En cuanto la noche tiende su negro manto, segun dice una popular zarzuela, y lucen sus destellos el gas y las bujías, esos suplentes del sol, protectores de la beldad marchita, y encubridores complacientes de la cana mal teñida ó de la arruga poco disimulada; ábrense al placer infinidad de puertas que conducen, ya al bullicioso y animado baile público, donde el estudiante olvida aforismos de Hipócrates, preceptos de Justiniano y comentarios de Heinecchio, ya al aristocrático salón donde las notabilidades se codean y brillan las hermosuras.

Desde el baile de trajes de los Marqueses de Alcañices al baile grande en el palacio de los Duques de Santoña, con



TODA DIVERSION COMO TODO OFICIO
TIENE SUS NATURALES QUIEBRAS.

¡LA MAR.....!!



LA PISTA.



ESTA PÁJARA NO TIENE RIVAL
PARA RECLAMAR PÁJAROS.



HIPÉRBOLES CINEGÉTICAS.



¡LE PEGO UN TIRO Á UN MOSQUITO!

que termina la quincena, las fiestas se han eslabonado formando alegre cadena cuyos anillos son la fiesta pequeña de los Duques de Tamames, las representaciones dramáticas en el hotel de los duques de la Torre, la recepción de la Embajada de Méjico, el baile de los Marqueses de la Romana, el de los Sres. de Bañer, y la fiesta literaria de los Duques de Fernan Nuñez.

De todas ellas es preciso decir algo aunque el espacio falta y la identidad del asunto conduzca a la monotonía. Con cuánta razón podía un distinguido escritor compadecer, no há mucho, a los cronistas.

I.

El baile de los Duques de Tamames proporcionó ocasión de conocer los trajes que se habían lucido en el de los Marqueses de Alcañices á muchos que no habían asistido á esta fiesta, de la que fué una deliciosa repetición.

Los bailes de trajes tienen un aspecto especial: distintas épocas, diversidad de pueblos se confunden en ellos con singular contraste y despiertan en la imaginación históricos recuerdos.

La plegada túnica griega que inmortalizó la escultura y que permite lucir su esbeltez á los contornos y su elegancia natural á la forma, vestíala la Marquesa de Folleville, adornada con joyas como las descubiertas entre las calcinadas ruinas de Pompeya y Herculano.

¿Cuántos siglos! ¿Cuántos sucesos desde la época que este traje representaba á aquella cuyos ostentosos primores lucía con minuciosa exactitud y con exquisita elegancia la Marquesa de Alcañices!

Era del tiempo de Luis XV. El lujo se sobreponía entonces á los encantos naturales; los cabellos se ocultaban entre nubes de blancos y perfumados polvos; el peinado era complicado monumento cuya construcción exigía exquisitos cuidados; amplia falda envolvía la figura, y sólo el busto lucía con bajo escote primores del desnudo.

La Marquesa de Alcañices parecía arrancada de un cuadro de la época. Jamás una galantería del cortesano Duque de Richelieu, una reverencia del galante Principe de Rohan sería dirigida á más elegante y distinguida dama.

El mismo Leonardo el peluquero, de célebre memoria, parecía que había colocado la negra pluma, los matizados lazos y las ricas joyas entre las complicadas combinaciones de los empolvados cabellos. El primer vestido era de encajes; pero apenas se veía, pues ocultábala casi por completo bullonada falda de seda blanca por delante, y manto negro guarnecido de encajes por detrás, delicadas y suaves pieles guarnecían el escote, y ni una joya brillaba sobre el desnudo y blanco pecho.

Los trajes de este gusto llegaron hasta el reinado de Luis XVI, adquiriendo todavía mayor ostentación bajo el influjo de Maria Antonietta, adoradora apasionada del fausto y del lujo, entre cuyos esplendores la infeliz princesa había nacido.

La suntuosidad de estos trajes hacía que sólo en la Corte pudieran lucirse. Las damas, cuando querían librarse por algunos momentos de los rigores de la etiqueta y gozar de libertad y expansión, adoptaban otros más sencillos.

No empolvaban entonces sus cabellos, que recogían en sencillos bucles, y adornaban su cabeza con abultadas gorras, adornadas de encajes, que pudieran servir en ocasiones para ocultar á indiscretas miradas el rostro. El traje, aunque de mucho vuelo, era corto y, por regla general, ramado con flores de colores vivísimos.

Descripciones de este traje se hallan en no pocas novelas de uno de los más fecundos, si no el más fecundo de todos los escritores franceses, de Alejandro Dumas, padre, el que ha popularizado la historia de Francia, el que con las aventuras creadas por su poderosa imaginación ha exaltado y conmovido más los corazones juveniles.

¿Quién no le recuerda unido á las venturas de esos felices años de la adolescencia, en los que sus novelas fueron el encanto que mitigó la tristeza del colegio y la aridez de los estudios?

De estas novelas, principalmente de las *Memorias de un Médico*, parecían copiados exactamente los trajes que lucían la linda Condesa de la Corzana y la preciosa madame O'Kolican.

Las damas españolas abandonaron antes que ningunas otras los vestidos amplios de corte para usar el ceñido guardapiés, que permitía lucir toda la esbeltez, la gracia y gentileza de la figura.

Con este traje iban vestidas dos de las más genuinas representantes de la belleza nacional, las Vizcondesas de la Torre de Luzon y la de la Manzanaera.

Si Goya las hubiera conocido, las hubiera puesto en su gloria de San Antonio de la Florida.

No hubieran ellas posado el diminuto pié en las piedras, si á su lado hubiera habido majos con capa ó estudiantes con manteos.

De una civilización más culta, más atildada, más elegante era el precioso traje de la Duquesa de Huéscar, á quien, con haberla admirado mucho, nunca hemos visto más hermosa. Sombrero de terciopelo negro, de forma calabresa, adornado con blanca y rizada pluma, por costoso joyel de ricas piedras sujétase inclinaba graciosamente en su cabeza, dejando escapar en lujosa abundancia hermosos rizos de su cabeza, que servían de marco á los simpáticos encantos de su bello rostro.

Vestía traje amarillo liso en la primera falda y amarillo bordado en la segunda, recogida con bullones. Las perlas, su joya favorita, la adornaban y presentaban un conjunto de admirable elegancia y de exquisito buen tono.

Montera negra y lazos rojos aumentaban la chispeante gracia de la Marquesa de Acapulco, vestida de tirolesa.

De dama valaca iba la señora de Le Motheux, y con caprichosos trajes las Marquesas de Navahorcucende y de Vilalba, y otras muchas damas.

Los hombres lucían también, en su mayor parte, elegantes disfraces.

Los increíbles, aquellos elegantes del Directorio y del Consulado, que se divertían sobre las ruinas de una gran revolución, alternaban con los caballeros de la corte del Rey poeta. Escoceses departían amigablemente con tiroleses y napolitanos. El bordado casacaon de Carlos IV, tan en boga puesto por la pintura moderna, se rozaba con la capa veneciana, recuerdo de las aventuras y de los crímenes de la interesantísima y artística ciudad de los *duques* y de los *bravos*. El traje de alguacil del Santo Oficio se veía al lado de alguno que imitó en sus ropas al enemigo acérrimo de algunos médicos y boticarios, al caballero de la torre de San Juan Abad, al insignie, al inmortal Quevedo.

Todos los trajes representaban distintas épocas de la historia. En pocas la humanidad ha sido dichosa; en muchas se ha sentido conmovida por horribles catástrofes, y en todas, sin embargo, ha buscado el hombre la expansión y el placer.

El amor, la galantería, los bailes pertenecen á todas las épocas, por más que declamen contra ellos Santos Padres, y marmuren filósofos trasnochados y desheredados, con humos de reformistas.

Son tantas las amarguras de la vida, que no es extraño que el hombre busque siempre los agradables oasis del escapamiento.

¿Y qué hacerle si no salen todos santos, sabios, puritanos ó apóstoles?

II.

Las reuniones en el hotel de los Duques de la Torre revisten siempre agradabilísimo carácter.

Por su posición, por su carácter, por su exquisito buen tono, los Duques gozan de general estimación. Aquella elegante y hermosa dama, cuyas gracias se reproducen en sus preciosas hijas; el afable trato del que reúne la franqueza del soldado, la cortesía del caballero y la distinción del príncipe, son atractivos que llevan siempre con placer al mundo elegante al hotel de la calle de Villanueva.

En las pasadas noches se rindió allí culto á las letras. Distinguida dama y aplaudido autor dramático representaron un proverbio francés, y Grilo, Herranz, Blasco y Cavestany leyeron preciosas poesías.

Las escucharon y las aplaudieron las Duquesas de Fernan Nuñez, de Bañer, de Huéscar y de Medina-Sidonia; las Marquesas de Vendaña, de la Laguna, de Perijá, de Bedmar, de la Romana, de Vega de Armijo y de la Puente y Sotomayor; las Condesas del Campo de Alange, de Paredes de Nava y de Valbom; la Vizcondesa de la Torre de Luzon; las señoras y señoritas de Bañer, de Alvarez de Toledo, Arizcum, Crooke, Dumont, Heredia, Larios, Le Motheux, Lobo d'Avila, Parlaré y Osmá.

¿Qué mayor satisfacción para los poetas?

III.

Llegamos al baile de los Marqueses de la Romana.

En medio del Madrid antiguo, rodeado de las tortuosas calles que recuerdan todavía lanceas de cuchilladas y aventuras de tapadas y embozados, se levanta la casa señorial, cuyo aspecto exterior ha sido descrito alguna vez por Mesonero Romanos.

Si Madrid pudiera tener un *faubourg de Saint Germain*, sería indudablemente este barrio de la antigua Morería, que á pesar del viaducto y del tranvía, conserva todavía señales indelebles del pasado.

Es quizá el único de la coronada villa que guarda las hornacinas donde se colocaron las imágenes; los zaguanares anchos, oscuros y desmantelados, coronados por toscos escudos de piedra; algunos muros con argollas, muchas con señales de balas francesas.

Al ir por primera vez á casa de los Marqueses de la Romana, al internarse en aquellas calles sin tiendas, sin animación, sin ruido, donde parece que luce vergonzoso el gas y que duerme el pasado guardado por la morisca torre de San Pedro, puede creerse que va á presenciarse algo diferente de las fiestas modernas, que va á sorprenderse una aristocracia encastillada en privilegios y tradiciones.

Tras esas casas, se piensa, no puede haber más que altas estancias de severos tapices y tallados, muebles mal alumbrados por velas de cera de color de rosa, alternando con monumentales velones de plata, y caldeadas por grandes braseros llenos de huesos de aceituna, en cuyas ardientes brasas se descompondrá en esencias el estoraque.

Allí no se verá más que cuadros de asuntos religiosos, y alternando con ellos el retrato del inquisidor con la medalla del Santo Oficio, y la efigie de la canonisa, con el severo hábito y la rizada toca.

¿Qué grata sorpresa en cuanto se penetra en los salones! Todo es en ellos sonriente, alegre, coqueton, pase la palabra, y de delicioso buen gusto.

Los colores están armonizados de una manera incomparable, la luz anima con cuadros brillantes, y no se dirigen á ninguna parte los ojos sin que encuentren una flor recién llegada de Andalucía ó de Valencia, una obra de arte, procedente de las fábricas de París ó Viena, algo, en fin, que los divierta ó encante.

Se adivina una prevision inteligente y un gusto refinado en la disposición de aquellas salas donde la comodidad tiene su asiento, y se comprenden todas aquellas maravillas después de haber hablado algunos momentos con la Marquesa.

La noche del baile se hallaba ataviada con un vestido cuyo color se asemejaba algo al verde; pero que era más bien una combinación indefinida de esas que saben escoger las damas de buen tono.

Su amabilidad, su trato de mundo y de gentes, la hacen maestra en la ciencia de agradar y cautivar el ánimo de los que con ella tratan.

Breve escalera de caracol conduce al piso superior, donde están las tres habitaciones que componen el departamento del Marqués, y donde los hombres, abandonando por

un momento el trato de las beldades que poblaban las salas, buscaban el recreo del tabaco.

Nada de cuanto el hombre de mundo y el aficionado al sport pueden deear falta en estas habitaciones. La historia de las armas de fuego está representada en las panoplias por admirables ejemplares en que figuran desde el pesado y primitivo arcabuz de las guerras religiosas y de la conquista de América, hasta la escopeta de caza recién salida de las fábricas alemanas, y la última combinación del revolver inventada en los Estados Unidos.

No falta en el despacho escogida biblioteca de autores modernos, y en las mesas y en las paredes, alternando con artísticos objetos de bronce y porcelana, con cuadros de caballos y de caza, látigos, estribos, espuelas, pipas para fumar á usanza turca ó absorber ensueños con el opio, y boquillas para encerrar en círculos de ámbar, ó en la artística forma que mano inteligente dió á la *espuma de mar*, el aromático producto de la Vuelta de Abajo.

S.

En una cosa se guardaban religiosamente las tradiciones en este baile, en el chocolate que formaba parte del bien provisto buffet.

Desde que vino de Méjico el sabroso producto que recreó el paladar de los Reyes Católicos y regocijó á nuestros antepasados, humeando en todas sus fiestas gastronómicas, puede asegurarse no habrá habido consagración de obispo, monjío de dama noble, nacimiento de hidalgo, boda de rico, tertulia de oidor, ni sacro de intendente, donde mejor se haya servido que en el último baile de los marqueses de la Romana.

De monjas bernardas ó de frailes jorónimos parecía la tarea. En ricas y antiguas *marcelinas* de plata labrada en Córdoba, se servía humeante, aromático, exquisito, y al recoger el último sorbo de la espafola jicara, se comprendía aquella exclamación de los frailes que decían al inclinarse mirando al cielo: «De aquí, allá arriba.»

La repostería moderna ha adulterado al chocolate con la vainilla, y le utiliza para la crema ó le sirve extremadamente claro; pero en esta materia la tradición domina, lo clásico se sobrepone á lo nuevo; por algo los campeones de lo antiguo son tan partidarios del chocolate.

Pido perdón al lector por esta digresión gastronómica que el exquisito producto de Caracas, servido á la antigua usanza en argentada *marcelina*, me ha inspirado.

Desde que él figuraba casi exclusivamente en los festivos de nuestros abuelos, hasta que adulterado por la vainilla se ha visto pospuesto á los sandwiches, al jamon y al pavo en galantina de los buffets de nuestros días; desde que era el desayuno de la mayoría de los españoles y la merienda obligada de los españoles acomodados, hasta estos días en que no hay merienda, la aristocracia ha dejado de ser poder para ser elemento; los antiguos poderes se han modificado en términos que la civilización. Pero dejemos estas digresiones que nos llevarían muy lejos; inclinémonos galantemente ante la Marquesa de la Romana, y segrídmela á otra fiesta, al baile de los señores de Bañer.

IV.

No ha habido en estos días apénas reposo. Las invitaciones se seguían y las damas tenían que quitar al descanso momentos que necesitaban para combinar los trajes con que aparecían deslumbradoras en las fiestas de la noche.

El primer baile de los Sres. de Bañer había dejado gratísimos recuerdos, así es que se aceptaron con placer las invitaciones para el del pasado miércoles. Las habitaciones de la casa de la calle Ancha de San Bernardo brillaban con sus hospitalarios atractivos, y en ellas lucían sus encantos, su gracia ó su elegancia, las Duquesas de la Torre, de Fernan Nuñez, de Huéscar y de Santofía, las Marquesas de Alcañices, de la Laguna y del Pazo de la Merced, la mayor parte de las Sras. del Cuerpo Diplomático extranjero y otras muchas, admiradas y servidas por los habituales contertulios de la casa.

Este baile ha sido uno de los más animados y brillantes de la quincena, revistiendo el carácter de distinguida elegancia y de exquisito buen tono que caracteriza todo lo que á los Sres. de Bañer se refiere.

De un Rey, habla la fábula, que convertía en oro cuanto tocaba, y la realidad nos presenta en la Sra. de Bañer la más naturalmente distinguida que á todo lo que la rodea comunica irresistibles atractivos.

Su bella casa más que una mansion preparada de extraordinario para una fiesta, es en estas noches de reunión un hogar que se abre cariñosamente para ofrecer grata expansión y presentar el grato espectáculo de una ventura á que contribuyen nobles y distinguidas cualidades, halagos de la fortuna, simpatías del cariño y consideraciones del respeto.

Este baile será el último por ahora, que se celebre en esta casa. Las habitaciones de la calle van á ser transformadas en teatro, donde tendrán largas representaciones dramáticas.

V.

Al abandonar la casa de los Sres. de Bañer, la mayor parte de los que asistieron se despedían hasta la noche siguiente en el palacio de los Duques de Fernan Nuñez.

No se han extinguido por completo los recuerdos del último concierto, cuando han venido á renovarlas las agradables impresiones de la velada literaria, principio del baile de la noche del 13.

Un nuevo huésped de la artística galería, otro *chef d'œuvre* de la pintura descuellá desde hace pocos días entre los que ilustran el palacio de los Duques. Es una Venus del Ticio, que adornaba hasta hace poco la estancia de un palacio que en Roma posee la familia.

La diosa del amor, tendida en muelle lecho de terciopelo carmesí, luce desnuda sus admirables formas, en que la maestría y la inspiración del artista se valió de la real para trazar ideales bellezas. Ameno jardín sirve de fondo al cuadro, y gentil mancebo, en cuya bien trazada cabeza se leen los sueños de la adolescencia, y en cuyos ojos brillan los primeros destellos de la pasión que anima la vida, arranca de un órgano melodías, mientras contempla con apasionamiento la hermosura que se ofrece a su mirada sin velos ni secretos.

Es el lienzo una reproducción hecha por el mismo Ticiano de dos que enriquecen el Museo del Prado, y como ellas es una manifestación completa de su admirable estilo.

Dicen algunos eruditos que el insigne pintor reprodujo en las dos figuras de su cuadro a Felipe II, joven, y a la princesa de Eloli, en todo el apogeo de sus encantos.

El traje del mancebo es efectivamente de la época; pero de su semblante animado por la ilusión, al frío rostro que retrató Pantoja, hay una diferencia inmensa. Bien es verdad que los años, los pensamientos políticos, las amarguras sufridas y las desventuras causadas, pueden explicarla. Ciertamente que la ilusión, el amor y el deseo son sonrientes como el mancebo del Ticiano, y el desencanto, la ambición y el hastío son como el monarca retratado por Pantoja.

Pero si así no fuera, ¿cuánto apoyaría ciertas tradiciones, y explicaría negros crímenes aquella espléndida belleza!

Gran parte de los invitados por los Duques de Fernán Núñez la noche del 13 le contemplaban absortos, cuando llegó a ellos seductor y penetrante eco.

Era la voz llena, sonora, matizada por las vibraciones del sentimiento de Calvo, el primer actor del teatro Español, que leía en el salón pequeño el poema de Nuñez de Arce, *La última lamentación de Lord Byron*.

Desde que el distinguido actor le leyó por vez primera, no hizo muchas noches, en el teatro Español este bellísimo poema, la fama le ha popularizado, y no habrá apenas ninguno de los lectores que no se haya entusiasmado con sus bellísimas octavas y conmovido con sus magníficos pensamientos.

Terminada la lectura, que fué un nuevo triunfo para el actor y para el poeta, comenzó el baile; las damas se extendieron por los salones luciendo prodigios de su belleza y primores de su tocado.

La Duquesa de Fernán Núñez lucía elegante traje de medio luto de color violeta claro, la cola que caía desde la cintura en la forma de manto, era de terciopelo matizado de violeta y negro, y se engalanaba con su característico buen gusto, con algunos hilos de perlas.

Si la Duquesa de Húscar no fuera siempre hermosa, hubiera podido creerse que la riqueza y originalidad de su traje contribuían a hacerle admirar aquella noche.

Lucía una falda bordada con cuentas de rubí, esmeralda y topacio, cuya riqueza sólo descubría en los lados la elegante túnica de color de oro que ha perdido sus tonos salientes con el tiempo. Un ancha franja bordada como la falda adornaba por delante la túnica, y al lado izquierdo el lazo formado por ancha banda de color azul muy pálido.

Recogían sus cabellos corona ducal y brillaba entre las perlas de que ha hecho su adorno favorito, rico joyel de esmeraldas.

La Duquesa de la Torre, cuya hermosura no necesita elogios, llevaba vestido de raso blanco con encajes y orla por delante de rosa.

Raso blanco oprimía también el esbelto talle de la gentil Condesa de Peña Ramiro, que adornaba su traje con ancha banda de terciopelo contado.

La Condesa de las Almenas lucía un traje precioso de terciopelo granate, que caía en gran cola y fruncido raso azul.

La de Heredia Spínola un elegante traje color lila, adornado con negro.

Un vestido negro bordado con lentejuelas llevaba la Duquesa de Bailén, que ostentaba magnífica diadema de brillantes.

Corona conda lucía la de Almina. De rosa y azul muy desvanecido iba la de Guadalupe, cuyo peinado aplastaba una gran estrella de brillantes.

La Marquesa de la Laguna llevaba un magnífico vestido de terciopelo negro y raso blanco.

La Marquesa de Valmediano, elegantemente vestida, figuraba dignamente entre aquella colección de mujeres hermosas y elegantes, donde se notaban Mad. Bañer, las Marquesas de Alcañices, de la Romana, de Bedmar, de Mesa, de Asta, de Bogaraya, de Santa Genoveva, de la Torrecilla y de Larios; las Duquesas de Híjar, de Ahumada y de Maqueda, y las señoras y señoritas de Osma, Sartorius, Martos, Potestad, Rascon y otras.

Digno epílogo de una semana de tan brillantes fiestas fué el gran baile celebrado el sábado en el palacio de los Duques de Santoña.

La premura del tiempo no nos permite describirle con los detalles a que se presta la magnificencia de aquella morada, que ya dimos a conocer cuando narramos el primer baile celebrado en ella.

Los objetos de arte, las bellezas han aumentado este año. La Duquesa parece incansable en el afán de embellecer sus salones, y es imposible transitar por ellos sin detenerse admirados, ya ante un mármol soberbio, un bronce admirablemente trabajado, ó una porcelana riquísima.

Mosaicos de Italia, ídolos chinos, copas de Benvenuto Cellini, tapices de los Gobelinos, recuerdos de Talavera, prodigios de Sevres, todo sorprende y encanta en aquellas estancias, donde la riqueza ha puesto a contribución el arte en todas sus manifestaciones.

Y al lado del arte, brillaban la noche del baile primores

de la naturaleza. No había sitio donde pudieran ostentarse que no hubiese flores, sobre todo camelias. Blancas, rojas, matizadas, en ramos, sueltas, de todas formas, las camelias se prodigaban profusamente.

Toda la casa era un museo y una estufa.

La Duquesa vestía un traje blanco de suma sencillez y elegancia, y sólo se adornaba con un hilo de perlas. Su hija política, la Sra. de Heredia, lucía un rico traje blanco y azul, con gran cola de encajes, y diadema y collar de brillantes.

Las primeras luces del alba sorprendieron todavía a los convidados sentados alrededor de la mesa del comedor grande, donde se servía con profusión el salmón de Limpias y Laredo, y los cangrejos del Rhin, trufas de Benigard, langosta aderezada en las sabrosas combinaciones de la ensalada rusa, manjares, en fin, exquisitos, y ricos vinos de Borgoña, de Burdeos, de Champagne y del Rhin.

El comedor es una de las estancias más suntuosas del palacio: sus molduras, su talla, los admirables paisajes de Gomar, que ha robado a la naturaleza sus colores, y que pinta flores que parecen que tienen aroma, le dan un aspecto magnífico.

Es preciso terminar este artículo demasiado largo sin penetrar en el salón turco, en el gran salón de baile, en las antecámaras, en la galería, en la rotunda, porque entonces la haríamos interminable describiendo tantas maravillas.

Hay muchos soberanos de Europa peor alojados que los Duques de Santoña.

La Duquesa, que ha terminado ya la ornamentación de su palacio, prepara las obras para construir de nueva planta el hospital de niños de que es fundadora.

Es indudable, los ricos que emplean su riqueza de este modo merecen serlo.

Los trajes que lucieron en el baile de los Duques de Santoña las Duquesas de Ahumada y de Híjar, las señoras de Rubio, de Dantes, de Bañer, de Estéban Collantes, de Güelfrido, de Fonseca, de Mantilla, la Marquesa de Valdecasas, la Condesa del Pilar, la de Puño en Rostro, la de Torreno, bien merecían detenida descripción; pero no lo permite el espacio, así como tampoco la pública larga lista de nombres.

Después del descanso del domingo tiene la sociedad elegante en perspectiva los bailes del Conde de Greppi, de los Marqueses de Vinent, de los Duques de Bailén y otros, que hacen de la presente una de las más animadas temporadas de Carnaval.

Con estas fiestas coinciden beneficios de actores, nuevas lecturas en el Español y en el Ateneo, banquetes diplomáticos en el hotel del ministro de Estado, cuanto caracteriza, en fin, una vida animada y brillante.

Cuánta alegría, si no fuera una triste verdad lo que Metastasio dijo en italiano y tradujo en romance Ventura de la Vega.

Si en la frente del hombre se leyera
Escritos los afanes de su pecho,
Cuántos que envidia dan, lástima dieran.

LA KASAB.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada ordinaria del día 7 de Febrero de 1879; a las dos de la tarde.

1.ª Píñe.—Cada tirador a su distancia: en 3 pichones, 4 tiradores.

Sr. Duque de Tamames.—2/3.—G., a 26 metros.

2.ª Píñe.—Cada uno a su distancia: en 3 pichones, 5 tiradores.

Sr. D. Eduardo Anspach.—11—11.—G., a 29 metros.

Sr. Vizconde de la Torre de Luzon.—11—10, a 24 metros.

3.ª Píñe.—Lo mismo que la anterior.

Sr. D. Eduardo Anspach.—5/3.—G., a 30 metros.

4.ª Píñe.—Igual a las anteriores.

Sr. D. Eduardo Anspach.—5/3.—G., a 30 metros.

5.ª Píñe.—A 20 metros carambolas, 4 tiradores.

Sr. D. Eduardo Anspach.—12—12—12.—G.

Sr. Duque de Tamames.—10—10—10.

Sr. Marqués de Ahumada.—10—00—00.

Sr. Conde de la Corzana.—00—00—00.

6.ª Píñe.—Cada uno a su distancia: en un pichon, 5 tiradores.

Sr. Vizconde de la Torre de Luzon.—1/2.—G., a 24 metros.

7.ª Píñe.—Lo mismo que la anterior.

Sr. D. Eduardo Anspach.—1—11.—G., a 30 metros.

Sr. Vizconde de la Torre de Luzon.—1—10, a 25 metros.

Sr. Conde de la Corzana.—1—10, a 25 metros.

La tirada terminó a las cuatro.

AVELINO.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 14 DE FEBRERO DE 1879,
A LAS DOS DE LA TARDE.

Se verificaron tres matches, en 10 pichones:

El 1.º Sr. D. Eduardo Anspach. 7/11.—G., a 30 metros.

El 2.º Sr. D. Eduardo Anspach. 8/10.—G., a 30 metros.

El 3.º Sr. D. Eduardo Anspach. 9/10.—G., a 30 metros.

Tomó también parte el Sr. Duque de Húscar.
La tirada terminó a las tres y media:

AVELINO.

TIRO DE PICHON DE SEVILLA.

2 DE FEBRERO DE 1879.

Un objeto de arte, regalado por el Sr. Osborne.

1.º Sr. Irureta Goyena. 6/6.—Ganó.

2.º Sr. Conde de Villapineda. 5/6.

Apuesta en 5 pichones: 8 tiradores.—Handicap.

Abaurre. 4/4, a 28 metros.—Ganó.

Goyena. 5/3, a 26 metros.

Apuesta en un pichon: 8 tiradores.—Handicap.

Marqués de Alventos. 4/4, a 25 metros.—Ganó.

Abaurre. 5/4, a 29 metros.

Apuesta en 3 pichones: 8 tiradores.—Handicap.

Osborne, hijo. 4/4, a 25 metros.

Abaurre. 4/4, a 29 metros.

9 DE FEBRERO DE 1879.

Apuesta en 3 pichones: 7 tiradores.—Handicap.

Medina. 5/6, a 24 metros.—Ganó.

Osborne. 4/6, a 26 metros.

Apuesta en un pichon: 7 tiradores.—Handicap.

Medina. 3/3, a 25 metros.—Ganó.

Wessel. 2/3, a 25 metros.

Un objeto de arte, regalado por el Sr. Goyena.

En 5 pichones: 8 tiradores.—Handicap.

Osborne. 5/5, a 26 metros.—Ganó.

Wessel. 5/3, a 27 metros.

Apuesta en 3 pichones: 7 tiradores.—Handicap.

Wessel. 4/4, a 25 metros.—Ganó.

Goyena. 3/4, a 25 metros.

Apuesta en un pichon: 7 tiradores.—Handicap.

Goyena. 5/5, a 25 metros.—Ganó.

Wessel. 2/3, a 26 metros.

Apuesta en un pichon: 7 tiradores.

Goyena. 5/2, a 26 metros.—Ganó.

Villapineda. 1/2, a 24 metros.

Y.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 15 a 16 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 a 46 céntimos de peseta. El carbon, a 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 a 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 a 10 pesetas. El trigo, de 14,42 a 14,62 fanega. Y la cebada, de 8,25 a 8,32 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solución del cuadrado del número anterior.

B	a	r	o	n
a	y	a	l	a
r	a	t	o	n
o	l	o	n	a
n	a	n	a	l

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.º Célebre capitán romano.
- 2.º Fabulista notable.
- 3.º Pintor español del siglo XVII.
- 4.º Extremo superior de una cosa.
- 5.º Plural de una prenda de uniforme del ejército.

ADVERTENCIA.

En estos días hemos remitido por el correo a los Señores suscritores de provincias las semillas de melon Cantaloup y de café indígena que nos habían pedido, conforme ofrecimos.

El cultivo del melon es igual al que se usa aquí con los nuestros: en cuanto al del café, en el número anterior lo hallarán nuestros lectores.

PROPIETARIO,

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.
(sucesores de Rivadeneyra).
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

